tam tam

NOVELAS ECSA

Flores de hibisco

FLORES DE HIBISCO

TAM Nº 5

Autor: Lou Carrigan
ISBN: 9788475180519
Generado con: QualityEbook v0.76

CAPÍTULO PRIMERO

EN el trópico anochece muy rápidamente, pero es todo un espectáculo. Breve, y por lo tanto dos veces bueno, porque ya se sabe que incluso lo agradable, en exceso, llega a aburrir.

A Mc Quinn le gustaba contemplar el crepúsculo, de modo que, simplemente, lo hacía. Porque si uno no puede hacer lo que le da la gana en la vida, entonces, ¿para qué cochinos demonios sirve la vida? Así que Mc Quinn hacía siempre lo que quería, y punto.

Y como lo que quería hacer aquella tarde era contemplar el crepúsculo, pues eso hacía Y no era ninguna tontería, porque el crepúsculo en las islas Hawaii es algo que vale la pena, aunque uno no tenga nada de romántico, como era el caso de Mac Quinn. Porque a fin de cuentas, el romanticismo es un invento tonto. ¿O no? Las cosas gustan o no. Si no gustan, al infierno con ellas; si gustan, pues eso es todo, tampoco se trata de darle al asunto más importancia de la que merece.

Total, que Mc Quinn estaba contemplando el crepúsculo, tumbado en una vieja extensible en la pequeña cubierta de popa de su viejo yate, surto, como siempre, en Ala Wai Harbour, nada menos que en Honolulú, junto a Ala Moana Park, y, como suele decirse, a un tiro de piedra de la mundialmente famosa playa de Waikiki.

Mc Quinn era todo un tipo. Parecía tener unos treinta años, pero vaya usted a saber. A lo mejor tenía veinte, o a lo peor, cuarenta. Todo un tipo, sí, señor. Alto, atlético, tal vez feo, barbudo y enemistado hacía años con la profesión de peluqueros, y con un genio peor que el de un tiburón hambriento. Llevaba mugrienta gorra de yachtman que no se quitaba ni para dormir, y el resto de su indumentaria estaba acorde con la gorra en mugre y en estilo. Bueno, él era marino, y lo demás le tenía

sin cuidado.

Hasta cierto límite, claro.

Tampoco hay que exagerar. Porque si, por ejemplo, aparecía una chica guapa, Mc Quinn la miraba. Por nada especial: simplemente, le gustaban las mujeres. Pero sin excederse, que cuando uno se excede en esto cualquier día despierta casado, y entonces se terminó el cuento de la vida padre.

Y de eso, nada, compadre, que vida sólo hay una, y eso de ponerla a disposición de otra persona tiene su guasa. Porque a ver si no qué pasa cuando uno se casa: la jorobó.

Y buena está la vida para, encima, jorobársela uno.

Pero en fin, que si aparecía en el horizonte una chica con garra. Mc Quinn la miraba. Como por ejemplo, la que acababa de llegar al embarcadero y estaba mirando a todas partes buscando algo. Al verla, Mc Quinn le concedió incluso el privilegio de quitarse el cigarrillo de la boca y alzar las cejas. Brava hembra. Rubia, alta, guapa de cara y con un cuerpo tremendo. Y encima, elegante. Vaya, que estaba como un barco; porque Mc Quinn no quería saber nada de los trenes, ni con tierra firme. De modo que si aparecía una chica como aquélla, para él estaba como un barco, no como un tren.

¡Y vaya barco! Pero bueno, ya se sabe: hay barcos y barcos, y hembras y hembras. Lástima que en cuanto una hembra, por guapa que fuese, se ponía a hablar, la pifiaba. O eran tontas, o sabihondas, o de un egoísmo capaz de matar del susto a una ballena. Primero unas mosquitas muertas, eso sí; pero en cuanto ya habían echado media docena de polvos con uno, comenzaban a creerse con derecho a toda pensión y a comerle a uno el cerebro. No hay nadie perfecto.

Pero aquella chica estaba muy buena, eso sí. Tenía impacto. Y sobre todo, tenía un polvo de muerte. Bueno, más de uno.

Mc Quinn comenzó a mosquearse cuando la chica, tras acercarse a su yate y ver el nombre en la proa «Fish», simplemente, que en inglés quiere decir «Pez», miró hacia cubierta.

Entonces lo vio a él, y, sin más, recorrió la breve pasarela, y llegó a bordo. Mc Quinn seguía mirándola, tendido en la extensible y con el humeante cigarrillo entre los dedos. Ella se acercó.

—¿Es usted el señor Mc Quinn? —preguntó.

—Sí.

—Yo me llamo Alejandrina Sanders. Desearía alquilar su barco.

—La respuesta es no.

—¿Por qué no?

Mc Quinn frunció el ceño, y replicó:

—Porque el barco es mío, y si no lo quiero alquilar, pues no lo alquilo.

—Le pagaré bien, señor Mc Quinn. Además, se entiende que también deseo contratarle a usted con el barco. Soy oceanógrafa, y como me han dicho…

—¿Oceanógrafa? ¿Quiere decir estudiante experta en cosas del mar?

—Más o menos —sonrió la muchacha.

—¿O sea que a usted le gusta el mar?

—Más que nada en el mundo. Por eso soy oceanógrafa. He venido a las Hawaii para hacer unos estudios y escribir un libro, y he podido enterarme de que no hay nadie en las Hawaii que conozca estas aguas y estas islas como usted. Por eso quisiera contratarlo. No deseo un guía turístico, sino alguien que sea de la mar. Me han dicho que usted lo es.

Mc Quinn miraba con diferente expresión a la muchacha. De pronto, se puso en pie, acercó otra extensible, y la colocó de modo que la muchacha pudiera sentarse.

—Siéntese, señorita Sanders.

—Gracias. Espero no estar interrumpiendo nada importante.

—Sólo el crepúsculo. Es decir, no el crepúsculo en sí, que ése sigue, sino mi contemplación del crepúsculo.

—No tengo prisa. Puedo esperar.

—Estupendo —asintió Mac Quinn.

Tiró el cigarrillo por la borda, volvió a tumbarse, y se dedicó a la contemplación del crepúsculo. Cuestión de minutos. Luego, ofreció el paquete de cigarrillos a la señorita Sanders, y ya fumando ambos, dijo:

—Me cae usted bien, señorita Sanders, de modo que le haré un favor: le diré el nombre de un amigo mío que tiene un barco y que…

—No. Le quiero a usted. Es el mejor. No me importa el precio.

—¿Es usted rica?

—Sí.

—Bueno, no quiero ser vulgar, pero ya sabe que el dinero no siempre puede comprarlo todo.

—Yo no quiero comprar nada. Quiero contratarle a usted, con su barco, para hacer un trabajo que me gusta. Y como quiero hacerlo bien, deseo que sea usted y no otro quien me lleve a la mar.

—¿Quién le ha hablado de mí?

—Un periodista amigo mío.

—Le diré dos cosas. Una, ese periodista es tonto. Dos, no es amigo de usted, si me ha recomendado a mí.

—Ya me ha dicho que es usted un golfo, pero a mí eso me tiene sin cuidado. Allá usted. Yo busco al marino adecuado y lo demás no me interesa.

—De modo que le han advertido de que soy un golfo. Bueno, pues se han quedado cortos. Además, actualmente estoy metido en unos líos que no me permiten disponer de mi barco para otras cosas.

—Le compensaré de lo que deje de ganar haciendo contrabando. Y así descansará una temporada.

—¿También le han dicho que soy un contrabandista?

—A decir verdad —sonrió de pronto la señorita Sanders— me han dicho tantas cosas de usted, que supongo que son exageraciones en su mayor parte. Francamente, señor Mc Quinn, lo han dejado como un zorro.

—Vaya… ¿Puede decirme el nombre de ese periodista amigo suyo?

—No —rio ahora Alejandrina—. Me dijo bien claramente que usted era capaz de ir a partirle la cara. Entiendo que tiene usted mal genio. Aunque hasta el momento no lo ha demostrado.

—¿Qué esperaba? ¿Que le mordiese el cuello o que la tirase por la borda a patadas?

—Estoy segura de que usted no haría una cosa así.

Mc Quinn sonrió socarronamente.

—Diga, usted es una pelotillera, ¿sabe? Tiene un pico de oro. Pero no le alquilo el barco. Escuche, este barco es todo lo que tengo, y lo quiero para hacer con él lo que desee yo, no otras personas. Y ahora, tengamos la fiesta en paz, ¿de acuerdo? Si quiere le digo el nombre de mi amigo, que estará encantado de contratarse con usted, la invito a un trago y nos despedimos como buenos amigos. ¿Qué le parece?

—De momento acepto el trago.

—Le advierto que no será de leche.

—Tomaré lo que usted tome —rio de nuevo Alejandrina.

—Muy bien. Vamos adentro —se quedó mirándola a medio incorporarse… ¿O prefiere que nos quedemos aquí afuera?

—Prefiero ver el barco por dentro.

—No se lo voy a alquilar.

—Pero me gustaría verlo.

Mc Quinn terminó de incorporarse, señaló la entrada, y ambos entraron. Había una salita-comedor-cocina-servicios, y al fondo el compartimiento con dos diminutos camarotes. Contra lo que podía esperarse observando el aspecto personal de Mc Quinn, el yate no estaba descuidado ni mugriento. No era una maravilla, pero todo estaba limpio y en su sitio.

—Incluso tengo hielo, si quiere.

—Sí, mejor, gracias.

Mc Quinn la miró irónicamente, se alzó la gorra un instante, y dijo, muy finamente:

—De nada.

Sirvió dos whiskys, y se acercó a Alejandrina, que se había sentado en el diván corrido bajo el ventanal que daba a cubierta. Le tendió uno de los vasos y se sentó a su lado, dirigiendo una crítica mirada a las preciosas rodillas de la muchacha.

—Y dígame, sólo por curiosidad, ¿cuánto me pagaría usted por el contrato de barco y patrón?

—¿Cuánto pediría usted?

—Mmmm… ¿Qué le parecería doscientos cincuenta pavos diarios?

—¿De dónde podría sacar yo cada día doscientos cincuenta pavos? Hablemos en dólares, ¿quiere?

—Es usted chistosa, ¿eh? Bueno, pues eso: doscientos cincuenta diarios.

—De acuerdo.

—¿Los pagaría?

—Ya le he dicho que de acuerdo.

—Sí, lo ha dicho.

Mc Quinn bebió un trago. Se estaba divirtiendo. Por supuesto que no pensaba alquilarle el barco a la preciosa muchacha, pero lo estaba pasando bien. De cuando en cuando, uno encuentra una persona con la que se puede hablar, sea hombre o mujer, y hay que aprovecharse. Nada de histerismos, ni posturas tontas o provocativas… Mc Quinn se estaba divirtiendo.

Y ya era hora, porque llevaba una temporada que ya, ya… ¡Aquel maldito holandés! Cualquier día le iba a cortar el gaznate al jodido holandés, lo iba a enviar al infierno.

Alejandrina, que había bebido un sorbo de whisky, dijo:

—No hay mucho que ver aquí dentro, de todos modos.

—Si quiere le hago un strip-tease.

Ella se echó a reír. Tenía los dientes blancos, regulares, muy bonitos. Y la boca… Bueno, la boca estaba para comérsela. Y ahora, vista de cerca, sus pechos resultaban impresionantes; no por demasiado grandes, no era una cuestión de tamaño, sino de hermosura. Sí, la señorita Sanders estaba como un barco…

Algo retumbó, afuera, en la cubierta. Mc Quinn alzó la mirada, y Alejandrina volvió la cabeza. Se oyeron unas pisadas. Mc Quinn lanzó una fea imprecación, que hizo respingar a Alejandrina, se puso en pie de un salto y corrió hacia la librería, uno de cuyos cajones abrió a toda prisa. Metió la mano dentro, sus dedos tocaron la pistola…

—Hola, Mc Quinn —sonó la voz en la entrada—… ¿Estás buscando algo?

—Seguro que no lo encuentra —dijo otra voz.

—Y si lo encuentra, peor para él —sentenció una tercera voz.

Los dedos de Mc Quinn apretaron fuertemente la culata de la pistola. Luego, lentamente, de mala gana, se aflojaron. La pistola quedó en el fondo del cajón, que Mc Quinn cerró. Se volvió y sonrió. Alejandrina, que tras mirar sobresaltada a los tres hombres armados con pistolas miraba ahora a Mc Quinn, tuvo un repeluzno al ver aquella sonrisa de tiburón asesino.

—Hola, muchachos —saludó al parecer alegremente Mc Quinn—, ¿qué tal os va? Doyt, Kasper, Walz… ¡Me alegro de veros!

—¿Lo ves? —dijo uno de ellos—, ¿Ves como Mc Quinn es un muchacho amable y simpático? A lo mejor hasta nos invita a un trago.

—Seguro que sí —asintió Mc Quinn—, Pasad, pasad, no os quedéis en la puerta. Como si estuvierais en vuestro barco.

—Es lo que yo siempre he dicho —comentó otro del terceto—: no hay como tener clase. Y es que nuestro querido Mc Quinn, aunque viva como un tiburón solitario y parezca un maldito borde, es otra cosa. Me han dicho que fuiste a la universidad, Mc Quinn. ¿Es cierto?

—Sí, pero eso fue de chiquitín —sonrió de nuevo Mc Quinn.

—Ah. De todos modos, creo que eso siempre queda. Es como si a un toro le pusieran la marca con el hierro al rojo vivo, ¿verdad? Y no es que te esté llamando cornudo, ¿eh?

—Mal puedo ser cornudo si no tengo mujer —dijo Mc Quinn.

—¿Y esto qué es? —señaló Walz con la barbilla a Alejandrina—. ¿Una pina tropical?

—Buen aspecto, sí tiene —dijo Kasper; sonrió amablemente a

Alejandrina—. Me parece que no es una puta, ni nada de eso. También tiene una cosa… rara, como Mc Quinn. ¡No te habrás casado en secreto, Mc Quinn!

—No. La señorita es una visita. Se iba ya.

—Es una lástima, pero qué le vamos a hacer. No se entretenga por nosotros, preciosa. Adiós.

—No pensaba marcharme todavía —dijo Alejandrina.

—No sea idiota —masculló Mc Quinn—. Vamos, lárguese. Esta es una reunión de amigos en la que usted no pinta nada.

—Nena —dijo Doyt—, si tenemos que repetirle que se marche lo va a lamentar.

—Ustedes no son amigos del señor Mc Quinn. ¡Ustedes…!

Mc Quinn se acercó a ella, le quitó el vaso de un manotazo, y la asió de un brazo, alzándola de un tirón tan fuerte que la colocó en rápido vuelo ante la puerta. Ya allí, la empujó hacia cubierta, mascullando:

—No sea estúpida. Márchese.

Se desentendió de ella y se volvió hacia sus visitantes. Kasper se había acercado a la librería y se hizo cargo de la pistola de Mc Quinn.

—Bueno, Mc Quinn —dijo Walz—, no es nada personal, compréndelo…

—Esperad un momento. Un momento, ¿eh? Seamos razonables. Decidle al holandés que me lo he pensado mejor, y que de acuerdo, que trabajaré para él

—El holandés ya nos advirtió que dirías eso —suspiró Doyt—, como lo has dicho otras veces. Y luego, de lo dicho nada, seguías por tu cuenta. El holandés nos ha dicho que te demos una buena lección, y bien dada, para que la aprendas de una vez. A un universitario como tú le será fácil aprender esta lección, me parece.

—¿Qué pasa? —sonrió de nuevo Mc Quinn—. ¿Vais a matarme?

—Pero hombre, ¡qué barbaridad! No vamos a complicarnos la vida con un asesinato, tranquilízate. Sólo se tratará de una lección inolvidable. Mira, el holandés ha llegado a la conclusión de que tú no eres nada sin tu barco, ¿comprendes?

Mc Quinn palideció. No dijo nada. Quedó pálido como un muerto, y eso fue todo.

—Le has acertado en plenos huevos —dijo Kasper—. Bueno, así son las cosas. ¿Dónde está tu amigo Keolo, el gran monstruo?

—Escuchad —susurró Mc Quinn—, si queréis podemos tener unas «palabras», pero no me toquéis el barco. Decidle al holandés…

—El holandés ya está harto de recaditos. Lo siento, chico. Bueno, terminemos con esto. Me cansa hablar tanto.

Se acercó a Mc Quinn, que alzó instintivamente las manos.

El primer golpe le llegó por detrás, y fue una tremenda patada en los riñones que lo echó en brazos de Kasper completamente descontrolado, como una pluma al viento. Kasper lo recibió con un cruzado a la barbilla que lo tiró de lado sobre el diván, y apenas había caído allá se le acercó Doyt y le golpeó en la espalda con la culata de la pistola.

Mc Quinn pareció rebotar, y cayó rodando al suelo. Kasper se le acercó, alzó el pie derecho, y lo dejó caer con fuerza sobre el rostro demudado de Mc Quinn, abriéndole un pómulo y rasgándolo hacia la oreja.

—No sé si estás entendiendo el mensaje, Mc Quinn —dijo Kasper—, Ponedlo en pie, tenemos que asegurarnos de que lo entiende bien entendido.

Doyt y Walz guardaron las pistolas, se inclinaron sobre Mc Quinn, y lo asieron por la ropa, dispuestos a tirar de él.

Por un instante vieron los ojos de Mc Quinn, negros y perversos como los de un tiburón. Doyt incluso se sobresaltó tanto, que soltó la ropa de Mc Quinn, dispuesto a retroceder rápidamente. Mc Quinn le ayudó a hacerlo, con un trallazo en la nariz que se la partió como si fuese de galleta, empujándolo brutalmente, lanzando un chorro de sangre por las fosas nasales y gritando.

Walz tuvo tiempo de soltar a Mc Quinn y erguirse, también sobresaltado. Salvó el rostro, pero el puntapié de Mc Quinn, girando de costado en el suelo, le acertó en volea en los testículos, y Walz soltó un berrido y cayó de rodillas. Mc Quinn comenzaba a ponerse en pie cuando Kasper se le acercó y le propinó un punterazo en el estómago que lo derribó de nuevo…

Doyt, de pie pero tambaleante, se miraba las manos llenas de sangre que había intentado contener en su nariz. Miró de pronto a Mc Quinn, y aulló:

—¡Te voy a matar, hijo de…!

—Cuidado con eso —recordó Kasper—; nada de matarlo.

Doyt se abalanzó contra Mc Quinn, que rodó esquivándolo, se puso en pie torpemente, y de un par de trompicones llegó adonde había dejado la botella de whisky, que agarró de un manotazo. El que había quedado más cerca de él era Walz, que estaba poniéndose en pie, con los ojos casi fuera de las órbitas de pura furia… Se le pasó enseguida:

Mc Quinn llegó junto a él botella en alto, y se la partió en la cabeza, ocasionando un surtidor de whisky y sangre, adornado con trozos de botella que saltaron a todos lados.

En el momento en que Walz se desplomaba, Kasper llegaba junto a Mc Quinn, ya preocupado por la envergadura del adversario, y le descargo un culetazo en la cabeza. Mc Quinn cayó de rodillas, y luego de bruces. Aullando como enloquecido, Doyt la emprendió con él a patadas, salpicando sangre y palabrotas.

Durante unos segundos Mc Quinn fue como un balón, de un lado a otro, recibiendo puntapiés en todo el cuerpo y algunos en la cara. Por supuesto, ni se enteró, estaba como muerto.

Y posiblemente habría llegado a estarlo si Kasper no hubiese comprendido que eso era lo que estaban haciendo: matándolo.

—Ya basta —jadeó—. Ya tiene bastante.

Doyt ni siquiera le oyó. Continuó golpeando a Me Quinn, fuera de sí, hasta que Kasper lo apartó de un empujón.

—¡He dicho que ya basta! ¿Quieres matarlo, imbécil? ¡Déjalo ya, te digo!

Doyt se serenó en lo posible. Se limpió la sangre de la cara y las manos, mientras Kasper se arrodillaba junto a Walz. Lo sacudió rudamente y a los pocos segundos, Walz abrió los ojos. Se quedó mirando estúpidamente a Kasper. Su expresión era mortecina.

—Tenemos que terminar, Walz… ¿Cómo estás?

Walz no reaccionó. No podía ni moverse. Kasper soltó un gruñido y se puso en pie.

—Saca a Walz de aquí, Doyt —dijo—. Llévalo al coche, como sea. Yo haré el resto.

CAPÍTULO II

EN el embarcadero, Alejandrina Sanders, que esperaba indecisa entre correr en busca de la policía o esperar por si todo terminaba menos mal de lo que ella había intuido, vio aparecer en la cubierta a dos hombres, uno de ellos prácticamente arrastrando al otro. Bajaron dificultosamente, y se alejaron, sin verla.

La mirada de la muchacha regresó rápidamente al yate. Entonces, vio el insólito resplandor dentro de éste, por el ventanal. No era un resplandor de luz, desde luego.

En el momento en que comprendía que era fuego, aparecieron los otros dos hombres, uno de ellos cargando al otro. La desorbitada mirada de la muchacha iba del rojo resplandor dentro del yate a los dos hombres. No acertaba ahora ni siquiera a pensar, tan aterrada estaba.

El hombre que cargaba con el otro se acercó a la borda y lo tiró al agua. Se oyó el chapoteo del cuerpo, el agua brilló en una salpicadura veloz. Mientras tanto, Kasper había salido corriendo del yate y se encaminaba en pos de sus compañeros.

Alejandrina se acercó al borde del embarcadero y miró hacia el agua. No se veía ni rastro de Mc Quinn.

—Dios mío —gimió la muchacha.

Sin más consideraciones, se quitó la falda y los zapatos y se tiró de cabeza al agua, en el lugar donde le había parecido que caía Mc Quinn. Reapareció con éste diez o doce según dos más tarde, y comenzó a gritar. Desde el embarcadero, algunas personas que habían acudido ya al ver las llamas cada vez más altas, la oyeron, la localizaron rápidamente, y tres hombres se lanzaron al agua. Alguien gritó que había que sacar a mar abierto el «Fisch», pues podía propagar el fuego a otras embarcaciones. Entonces comenzaron a soltar las amarras unos

mientras otro iba en busca de su lancha, para remolcar el yate.

Cuando cinco o seis minutos más tarde, Mc Quinn recuperó medianamente la consciencia, lo primero que vio fue la enorme llamarada que era remolcada mar adentro. Se quedó mirándola atónito, como si no comprendiese. Oía voces a su alrededor, pero sólo veía aquella llamarada que, vagamente, le sugería algo.

Oyó la voz femenina:

—La ambulancia llegará en seguida… Será mejor que no se mueva.

Volvió la estupefacta mirada hacia Alejandrina, cuyos hermosos cabellos rubios estaban pegados a la cabeza, como formando un bonito casco reluciente. Dos policías de uniforme aparecieron, apartando a los curiosos. Uno de ellos se acuclilló ante Mc Quinn, al que Alejandrina, sentada en el suelo, sostenía contra su pecho.

—Vaya, Mc Quinn —dijo el policía—. Parece que algo va mal, ¿eh?

Mc Quinn parpadeó. Luego, hizo el gesto para comenzar a ponerse en pie, pero Alejandrina lo retuvo.

—¡No se mueva! ¡Está herido!

Mc Quinn la apartó de un manotazo y se puso en pie, ayudado un tanto socarronamente por los dos policías. Uno de ellos dijo:

—Allá va su barco. ¡Menuda antorcha! Bueno, le acompañaremos al hospital, y mañana ya hará su declaración, ¿de acuerdo? O pasado mañana. Cuando pueda, no hay prisa.

—¡Fueron tres hombres! —exclamó Alejandrina—. ¡Entraron…!

—Cierre la boca —farfulló Mc Quinn, que apenas se tenía en pie.

.—¡Pero los tres homb…!

—¡Que se calle, maldita sea! Ha sido un accidente, eso es todo.

—Y de los buenos, a juzgar por su aspecto —dijo uno de los agentes —. Bueno, allá usted y lo que quiera declarar, Mc Quinn. Venga, apártense todos, esto no es un circo. ¿Tiene algo roto, Mc Quinn?

—Estoy bien —murmuró éste.

—Seguro, seguro. Bueno, tómeselo con calma, la ambulancia está en camino…

—Déjenme en paz. Y métanse la ambulancia donde les quepa.

—Vamos, no sea fanfarrón. Está que se cae, Mc Quinn.

—¡Déjenme en paz!

Mc Quinn se desasió de solícitos brazos, entre ellos los de Alejandrina Sanders, y se acercó dando bandazos al borde del embarcadero donde se quedó mirando la llamarada que seguía

alejándose. La ambulancia llegó un par de minutos más tarde, pero Mc Quinn ni siquiera miró a la señorita Sanders cuando ésta se acercó a él e intentó convencerlo. No tenía ojos más que para la llamarada cada vez más lejana… De pronto, la llamarada comenzó a hundirse, y en menos de un minuto desapareció.

Todavía estaba Mc Quinn en el borde del embarcadero, cuando regresó la lancha que había remolcado su yate. El hombre que la había pilotado se acercó con cierta cautela a Mc Quinn.

—Lo siento, Mc Quinn —masculló—. Olía a gasolina como un pozo de petróleo. En cualquier momento…

De pronto, para sorpresa de todos, en la distancia el mar pareció reventar en una hermosa llamarada, que desapareció velozmente. Todo volvió a la normalidad.

—Se ha ido al fondo —susurró Mc Quinn—. Y yo ni siquiera estaba a bordo.

—Lo siento —insistió el otro—. Pero no había tiempo para nada más, había que sacarlo de aquí.

—Y yo no estaba a bordo —repitió Mc Quinn—, Mi barco se ha hundido y yo estaba en tierra…

—Eso, gracias a la señorita. Tú también podrías estar ahora bajo el agua si ella no hubiera saltado a por ti.

Mc Quinn asintió, miró a Alejandrina, y volvió a asentir. No dijo nada. Se volvió, y comenzó a caminar, alejándose del embarcadero. Los dos camilleros de la ambulancia lo miraban desconcertados. Uno de los policías dijo:

—No olvide que tendrá que hacer una declaración, Mc Quinn. Aunque sólo sea a efectos del seguro de su barco.

Mc Quinn asintió, metió una mano en un bolsillo, y sacó el paquete de cigarrillos. Sacó uno ya roto, y se lo puso entre los labios. Sí, muy bien. Muy bien. Okay, muy bien. Estupendo, holandés, estupendo.

—Alquilé un coche esta mañana —oyó junto a él—. ¿Quiere que le lleve a casa?

Con el esperpéntico medio cigarrillo mojado entre los labios, Mc Quinn se quedó mirando a Alejandrina Sanders. La ropa mojada se adhería a su cuerpo, especialmente a los pechos. De sensación, y punto. Se le notaban las formas de los pezones. Tremendos.

—Si quiere llevarme a casa, señorita Sanders, tendrá que llevarme adonde está mi barco. Creo que ya le dije que es todo lo que tengo…, lo que tenía, quiero decir.

—Pensé… Bueno, de todos modos, venga al coche, y le llevaré adonde quiera. Vamos, no sea terco. Ni usted m yo podemos ir por ahí con este aspecto.

Mc Quinn asintió y reanudó la marcha. Poco después los dos estaban en el coche de Alejandrina, que tras esperar en vano alguna indicación, preguntó:

—¿Adónde?

—Lléveme a cualquier hotel barato…, y que no pidan nada por adelantado.

Ella se le quedó mirando fijamente. Los ojos de Mc Quinn parecían de carbón, quietos, fijos. El resplandor de las luces del bulevar Ala Moana se reflejaba en ellos como puntitos de fuego. Estaba horrible, sencillamente horrible.

Alejandrina puso el coche en marcha. Veinte minutos más tarde detenía el coche ante un bungalow de Pukalani Place, en el distrito de Wilhelmina Rise, por encima de Waialae Avenue. No habían dicho ni palabra durante el camino, limitándose la muchacha a mirar de reojo con frecuencia a su sombrío pasajero, que ahora parecía una estatua.

—Hemos llegado, señor Mc Quinn.

El la miró entonces.

—Bien —dijo.

Y se apeó. Alejandrina lo hizo a su vez, cerró el coche, y señaló el bungalow. Echaron los dos a andar. Alejandrina abrió la puerta, encendió la luz y entraron. Afuera, la luz de la luna recortaba en el negro cielo unas cuantas palmeras. La muchacha cerró la puerta.

—Lo alquilé hace dos días, cuando llegué a Honolulú —explicó.

—Al parecer, usted se pasa la vida alquilando cosas. ¿No tiene nada que sea de propiedad?

—Algunas cosas —sonrió ella—. Voy a prepararle un baño caliente. Luego, mientras usted se baña, prepararé algo para cenar.

—¿Usted no se baña? Le aseguro que su aspecto no es muy bueno.

Ella se le quedó mirando incrédulamente. De pronto, se echó a reír.

—Debería mirarse al espejo antes de juzgar a los demás —dijo amablemente—. Yo me bañaré después de usted, que lo necesita más. Avíseme cuando esté listo. Creo que hay un botiquín en el cuarto de baño y quizá podamos hacer algo por su cara.

—Eso ya es más difícil. ¿Si le digo algo no se lo tomará por el lado perverso?

—Creo que no. ¿A qué se refiere?

—Estoy roto. No sé cómo me tengo en pie. Mis ropas me parecen de cartón, y mi cuerpo de madera. Quiero decir que apenas puedo moverme.

—Entiendo. Le ayudaré a desnudarse.

Pasaron al cuarto de baño, y mientras la bañera se llenaba de agua caliente, Alejandrina ayudó a Mc Quinn a desnudarse. Mc Quinn tenía dos costillas rotas, al parecer, y el cuerpo lleno de enormes hematomas. No profirió ni un solo quejido. Ella le ayudó a meterse en la bañera y se quedó mirándolo. Él también la miró.

—¿Sabe dónde está mi gorra? —preguntó.

—Francamente, no tengo ni la menor idea. ¿Necesita mi ayuda para algo más?

—Me las arreglaré.

Quince minutos más tarde, Alejandrina regresó al cuarto de baño. Mc Quinn se había bañado y limpiado bien con jabón, y sus greñas y sus barbas tenían un poco mejor aspecto. Todavía estaba desnudo, absorto, sentado en el borde de la bañera, con la toalla en las manos. Alejandrina le limpió la herida del pómulo, le puso un apósito, y luego le ayudó a envolverse con la toalla.

—Mientras yo me baño —dijo— sería conveniente que usted descansara un poco.

Fueron al único dormitorio, y Mc Quinn se dejó caer en la cama.

Cuando Alejandrina, ya bañada, envuelta en su albornoz, regresó al dormitorio, el señor Mc Quinn estaba dormido.

* * *

—¿Y dónde durmió usted? —preguntó Mc Quinn.

—En el sofá. ¿Tiene más apetito?

—No. Ha sido un desayuno absurdo. Nunca había comido tanto. Debo ser anormal, porque tengo entendido que los disgustos quitan el hambre.

—No a todo el mundo. A muchos les da por comer más, precisamente. Y en cambio, las alegrías les dejan sin apetito.

—Hay de todo en el mundo, ¿eh? Bueno, ¿que hacemos ahora?

—Si yo fuese usted iría a un hospital para que me atendiesen ese par de costillas rotas, y luego a la Policía a hacer la denuncia. O el seguro o aquellos hombres tendrán que resarcirle de la pérdida de su barco.

—¿Cuánto hace que está usted en Honolulú?

—Tres días.

—Ya. Cuando lleve más tiempo se enterará de quién es el holandés. Aquellos tipos trabajan para él. Y cuando sepa quién es el holandés, se arrepentirá de haberme ayudado. Le voy a hacer un favor, señorita Sanders: voy a marcharme de aquí y no diré a nadie quién es usted. Así se evitará muchas molestias. Eso, a cambio de haberme salvado la vida.

—Usted habría salido de todos modos. Ellos sabían que el agua le haría reaccionar. No querían matarlo. Es más, cuando lo encontré bajo el agua usted ya subía.

—Pues no me acuerdo de nada. Suponga que es lo que llaman instinto de conservación. Al parecer, nada usted muy bien.

—Lo contrario sería absurdo, dado mi trabajo. Soy una buceadora de primera categoría, señor Mc Quinn.

—Claro. A propósito, el nombre de mi amigo, ese que le alquilará su barco…

—Ya hablaremos de eso. ¿Le llevo yo o prefiere llamar un taxi?

—No tengo dinero para el taxi. No tengo «nada». Ni siquiera gorra.

—Le prestaré unos cuantos dólares, si no le molesta. Con una sola condición: me gustaría que cuando hubiese terminado sus gestiones, volviera por aquí para decirme qué tal le ha ido.

Mc Quinn asintió con un gesto.

* * *

—¿Arregló lo del barco? —preguntó Alejandrina, tras poner en la mano de Mc Quinn un vaso de whisky.

Mc Quinn, que había regresado hacía un par de minutos, casi a las seis de la tarde, estaba sentado en un sillón, mirándola fijamente.

—No hice nada respecto a eso, en el sentido que usted espera —dijo —. Dije que había sido un accidente.

—Eso será como estafar un poco a la compañía de seguros, ¿no?

—Ya he estado allí, y les he dicho que renuncio a la prima.

—¡Pero de ese modo no podrá tener otro barco!

—Ya no quiero tener más barcos. No quiero complicarme más la vida. De modo que trabajaré con el holandés. Paga bien… y eso es lo que él quiere hace tiempo.

—No puedo creer eso de usted. Es más, estaba tan segura de que se las arreglaría para tener su barco propio, que le compré esto.

Le tendió un paquete que recogió del sofá. Mc Quinn lo abrió y se quedó mirando inexpresivamente la gorra de yacht-man, muy parecida a la que había perdido. Se la puso, se incorporó, y tendió la mano a la

muchacha.

—Adiós, señorita Sanders. Gracias por todo. Espero poder devolverle pronto su préstamo.

—Creí que se quedaría a cenar conmigo.

—Ya me ha invitado mi amigo Keolo. Está esperándome afuera, con su motocicleta.

—Ah. Bueno, supongo que se alojará usted en su casa.

Pareció que Mc Quinn fuese a sonreír.

—En la casa de Keolo no cabe ni un alfiler. Tiene nueve hijos, ¿sabe?

—Dios mío.

—¿Le gustaría conocer a Keolo? Se podría decir que es mi único amigo, y además mi socio en los negocios. Ahora nos hemos quedado los dos sin posibilidad de hacer negocio alguno.

—Usted se refiere a sus contrabandos —rio Alejandrina.

—Sea como sea, los nueve hijos de Keolo echarán de menos las granuladas mías y de su padre. Por fortuna, Keolo es más ahorrador que yo y se las podrá arreglar una temporada. ¿Quiere conocerlo?

—Claro que sí.

Mc Quinn salió del bungalow. Regresó a la salita un minuto más tarde, acompañado de un hombre que hizo respingar a Alejandrina. Medía metro noventa, debía pesar unos ciento cuarenta kilos, y era polinesio puro, o lo parecía. Para tener nueve hijos debía haberse dedicado a ello con gran entusiasmo, pues su edad no rebasaba los treinta años. Era como un hércules gordo y dorado, tenía la cabeza redonda, la cara de luna llena y el par de ojos más risueños que Alejandrina había visto en su vida.

—Ahí la tienes —dijo Mc Quinn, por toda presentación.

Keolo se adelantó hacia la turulata Alejandrina, que se había puesto en pie, la abrazó impetuosamente, la besó en la boca, y le tendió algo envuelto en papel.

—Aloha —dijo.

Entre divertida y sofocada, Alejandrina miró a Mc Quinn, que sonreía maliciosamente. Luego, descubrió la flor de hibisco que había en el paquetito, miró a Keolo, y de nuevo a Mc Quinn.

—Bu bueno, pues… gracias. ¿Keolo no habla inglés?

—Mejor que usted y que yo. Dile algo que no sea aloha, Keolo.

—Gracias, señorita Sanders, por ayudar a Mc Quinn. Es usted muy bonita. Y además, como ha dicho Mc Quinn, está muy buena.

—Eso no tenías por qué decirlo, gordinflón —masculló Mc Quinn.

—Es que si no lo hubieras dicho tú, lo habría dicho yo.

—Cierra la boca y vámonos.

Alejandrina miraba de uno a otro, de nuevo entre sofocada y divertida. Keolo se despidió con un gesto, y se fue. Mc Quinn se acercó a Alejandrina, tomó la flor, y se la puso entre los cabellos, sobre la oreja, mientras ella permanecía inmóvil. Mc Quinn se apartó, para mirarla críticamente.

—Debe ser cierto que cada lugar del mundo crea su fauna y su flora adecuada. A la mujer de Keolo le sientan mejor que a usted las flores de hibisco, pero es porque ella nació aquí y los hibiscos también son de aquí. El hibisco, con toda justicia, es la flor del Estado de Hawaii, ¿lo sabía? De todos modos, le sienta muy bien. Le diré lo que significa aloha, por si no lo sabe. Significa hola, adiós, bienvenido, feliz viaje, me alegro de verte, seamos felices, no te olvides de mí, que tengas suerte… Significa eso y muchas cosas más, pues es siempre la expresión de un buen deseo. En este papel —Mc Quinn lo puso en una mano de la petrificada Alejandrina— le he anotado el nombre de mi amigo. Es una persona honrada, de modo que no le diga que va de mi parte. ¿De acuerdo?

Alejandrina Sanders asintió con un gesto. No podía hacer más.

Mc Quinn le tomó el rostro entre las manos, la besó brevemente en los labios, y murmuró:

—Aloha.

Como clavada al suelo, Alejandrina oyó poco después, afuera, el retumbar del motor de una motocicleta. Como en sueños, la muchacha caminó hacia el cuarto de baño, se con templó en el espejo, con la flor de hibisco entre sus rubios cabellos, y, por fin, susurró:

—Aloha, Mc Quinn…

CAPÍTULO III

—DE acuerdo, señorita Sanders —dijo Jim Nolan—. Podemos empezar mañana mismo. Estoy seguro de que me encantará trabajar con usted.

—Es usted muy amable, señor Nolan. Y tiene un hermoso barco.

—Bueno, los barcos son como las mujeres, ¿sabe? Si uno los cuida bien y les tiene cariño, ofrecen mejor aspecto que si los descuida o los utiliza, sin más sin amarlos.

—Me parece que tiene razón —rio Alejandrina—. Sí, las mujeres son más bonitas cuando se sienten amadas.

—Pues los barcos, lo mismo. Y a propósito, ¿cómo me localizó usted? Lo pregunto porque no soy de los que van por ahí ofreciendo su barco; más bien soy un poco huraño… Digamos que no lo alquilo a cualquiera, ¿comprende?

—¿Por qué no?

—Hay gente que se creen que un barco ajeno puede ser utilizado incluso como una casa de putas, o algo así. Alquilan un barco, lo llenan de chicas y se van a la mar a hacer el bestia. Pues bueno, mi barco, no. Para lo de usted, encantado, pero no para según qué cosas.

—Sí, entiendo. ¿Y qué me dice del señor Mc Quinn? ¿Alguna vez ha alquilado su barco para esas cosas?

—Diablos, no. Mc Quinn es un maldito golfo, pero no un cerdo. Hay diferencia, ¿comprende? Por cierto, el pobre Mc Quinn… Oiga, un momento: ¡no me diga que fue Mc Quinn quien le dijo que viniera a verme!

—No lo digo —sonrió Alejandrina.

El veterano y astuto Nolan entornó los párpados.

—A lo mejor tampoco me dice que fue usted la mujer que lo sacó del agua.

—Eso sí lo digo —rio ahora la muchacha.

—Ah, vaya… ¡Vaya! Bueno, bueno, y… ¿qué es de Mc Quinn?

—Pensé que quizá usted sabría por dónde anda.

—No tengo ni la menor idea.

—Tal vez esté en relaciones con el holandés.

—¡Lagarto, lagarto! —cruzó los dedos Nolan—. ¡No mencione a ese sujeto en mi presencia!

—¿Tan malo es? —palideció Alejandrina.

—¿Malo? Bueno, ¿cómo se lo diría? Mire, imagínese usted un tiburón viejo, sarnoso, cruel y asesino, que va por el mar devorando todo lo que encuentra por el simple gusto de hacerlo, tenga o no tenga hambre. Los tiburones, según dicen, también son criaturas de Dios, y así puestas las cosas, digamos que tienen derecho a comer. Y como su comida esta en el mar, pues eso, comen. Pero cuando tienen hambre, ¿comprende? En cambio, el holandés… ¡Huy, el holandés!

—Según entiendo, usted no trabajaría para él.

—Hijita, ni yo ni ningún bien nacido de madre. ¿Ha dicho que Mc Quinn quizá esté en relaciones con él holandés. Pues no sé… Por aquí, entre nosotros, todo se sabe. Y yo he oído algo sobre unos amigos del holandés que visitaron a Mc Quinn en su barco, qué casualidad, la misma noche en que el barco de Mc Quinn se hundió. Por cierto, que me dijeron que Mc Quinn estaba en bastante mal estado.

—Es muy fuerte.

—Ah, eso sí, demonios. ¡La de cosas que se cuentan de Mc Quinn! En cuanto a eso de que vaya a tener relaciones con el holandés, pues… ¿qué quiere que le diga? Si eso es así, yo diría que uno de los dos, o el holandés o Mc Quinn, van a tener problemas…

* * *

—¿Te das cuenta, Mc Quinn? —dijo muy sonriente el holandés—. ¡Se terminaron tus problemas! ¿A qué tanta complicación de tener un barco propio? Que si seguros, que si los gastos, que si los permisos… No vale la pena complicarse la vida, hombre.

—Eso pensé —asintió Mc Quinn.

Estaba en el salón de la quinta del holandés, sita en Kahala Avenue, en Maunalua Bay. Desde los jardines de la quinta se veía el Diamond Head, el famoso cono volcánico. Un pequeño paraíso, el que se había agenciado el holandés.

En cuanto a él, era algo así como una bola de sebo con los cabellos albinos, las cejas casi enteramente blancas, y los ojos claros como el agua del mar, con una leve tonalidad azul. Tenía ojos de pez, cabeza de cerdo, y las manos más absurdamente pequeñas, delicadas y gordinflonas que pudieran imaginarse en un hombre, pero que a él le parecían bellísimas. Las llevaba siempre repletas de sortijas, incluso en algún dedo llevaba dos y una en cada pulgar.

Como solía decir el holandés: ¿qué sería un hombre sin sus manos, eh, eh, eh? Pues nada. Un hombre sin manos no es nada. Y ya que tiene dos manos, y, en el caso de él, eran tan bonitas y elegantes, bien se merecían estar adecuadamente adornadas. El holandés amaba tanto sus repugnantes manos, que había quien decía que si tuviera que elegir entre que le cortaran la cabeza o las manos preferiría que le cortasen la cabeza. Chismes de la gente, quizá.

—Pues has aprendido a pensar —dijo Kasper.

Mc Quinn le dirigió una indiferente mirada. Allá estaba Kasper, con su amigote Doyt, que tenía todavía inflamada la nariz. En cuanto a Walz, también estaba allí, en el salón, con la cabeza vendada y no muy buen aspecto facial, mirando con hipnótica fijeza a Mc Quinn.

—Es bueno aprender a pensar —dijo el holandés, agitando sus enjoyadas manitas cerdunas y resplandecientes de sortijas—, pero tampoco hay que excederse. Por ejemplo, a partir de ahora, tú no tendrás que pensar, Mc Quinn. También ese problema te lo voy a resolver: yo pensaré por ti. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Envuelto en su batín de seda que de puro exótico llegaba a lo lujurioso, el holandés volvió a agitar las manos. Era todo un exhibicionista.

—Bien, bien, bien… —sonrió—. De todos modos, sé que eres un hombre de gran valía, Mc Quinn, así que serás uno de mis principales empleados. Tengo un hermoso barco para ti, el «Thunder». ¿Qué te parece?

—Me gusta.

—Estupendo. ¡Caramba, no sabes cuánto me alegro de que te hayas decidido a ponerte a mis órdenes! Podemos hacer grandes cosas. Por ejemplo, tú no has hecho hasta ahora más que minucias. Divertidas, tal vez, pero minucias. Conmigo, siempre harás cosas a lo grande.

—Eso pensé —repitió Mc Quinn.

—Se te van a derretir los sesos de tanto pensar —deslizó

irónicamente Walz.

—Me parece —lo miró apaciblemente Mc Quinn— que a quien se le están derritiendo los sesos es a ti. ¿Qué te pasó en la cabeza, Walz?

El gesto de Walz se nubló. El holandés se echó a reír.

—Nuestro amigo Mc Quinn tiene los cojones bien puestos, ¿verdad? —dijo entre carcajadas—. Y eso me gusta. En fin, Mc Quinn, todo arreglado. Ya eres el capitán del «Thunder», que está a tu disposición.

—Está bien. ¿Cuándo empiezo a trabajar?

—Tranquilo, tranquilo… Todo llegará. Por el momento, descansa, hombre. Te sentará bien. Dos, tres días, quizá una semana. ¿Te parece bien?

—Si a ti te parece bien, a mí también.

—Así se habla. Seguramente tu primer trabajo será con las flores de hibisco. Necesito un hombre como tú que sepa…

—Espera un momento, holandés. ¿De qué hablas? ¿Qué es eso de las flores de hibisco?

—¿Te das cuenta? ¡Tantos años por estas aguas y ni te has enterado de lo de las flores de hibisco! Pero es natural, ya que en eso sólo pongo a mis mejores hombres. Como tú. Gente que sabe navegar por estas aguas, que conoce todos los rincones de todas las islas grandes y pequeñas… No creas que hay muchos hombres como tú en ese sentido, Mc Quinn. Y es importante, porque a veces, aunque sea de noche, no es fácil burlar la vigilancia de los guardacostas.

—Respecto a eso, seguro que no habrá problemas —sonrió Mc Quinn—. A mí no me encuentran ésos ni a la luz del sol.

—Lo sé. Eres escurridizo y taimado como un tiburón. Y hasta algunas veces pienso que tienes cara de tiburón. Bien… ¿Necesitas dinero, cualquier cosa?

—No me iría mal algo de pasta. Me quedé con lo que llevo puesto, después del accidente de mi barco.

—Desdichado accidente —suspiró el holandés.

Doyt rio, y dijo:

—Pero llevas una gorra nueva, Mc Quinn. Y muy bonita. De capitán de yate importante… ¿A quién se la has robado?

—Al cabrón de tu padre —dijo amablemente Mc Quinn.

Doyt palideció y dio un paso hacia Mc Quinn, pero se detuvo en seco al ver el gesto de las manitas del holandés, que dijo, secamente:

—No quiero tonterías entre mis hombres, ¿estamos? Así que mucho

cuidado con que yo me entere de que andáis haciendo el bestia. Kasper, dale quinientos dólares a Mc Quinn para que se vaya arreglando. Por cierto, Mc Quinn, cuando hablo de «arreglarte» me refiero a todo. No me gusta tu aspecto.

—No tengo otro —aseguró Mc Quinn.

—Ya verás como sí, hombre. Te vas de aquí directo a una peluquería para que te corten el pelo y te afeiten esas asquerosas barbas que…

—Me siento bien así.

—Pero a mí no me gustas así. De modo que te cortarás el pelo, te afeitarás la barba y hasta te harás la manicura. No quiero andrajosos a mi servicio, ¿está claro?

—Sí.

Mc Quinn se acercó a Kasper, que le tendía unos billetes. Se los metió en un bolsillo, se llevó dos dedos a la gorra, y se dirigió hacia la puerta del salón.

—Mc Quinn —llamó el holandés.

—¿Sí?

—Otra pequeña cosa más. Hasta ahora, que hemos sido rivales, bien estaba lo de que me llamases holandés y me tuteases. A fin de cuentas, no cobrabas un sueldo mío. Pero ahora lo cobras, así que nada de «holandés». A partir de ahora para ti soy el señor Van Voren.

—Está bien.

—¿Cómo has dicho?

—He dicho que lo que desee, señor Van Voren.

—Perfecto… —el holandés agitó una vez más sus manos—. Retírate.

Mc Quinn salió de la casa segundos más tarde. Había algunos hombres en el jardín, unos cuidándolo, otros paseando, éstos últimos armados discretamente. Era un jardín grande y precioso, que el holandés se había ganado con el sudor de la frente… de los demás, cometiendo mil tropelías. La Policía andaba loca por meterle mano al holandés, pero si algo bueno podía decirse de éste es que era condenadamente inteligente y, además, astuto, que no es lo mismo una cosa que otra. Para pescar al holandés había que usar unas redes que, al parecer, todavía no se habían fabricado.

—¿Qué, Mc Quinn? —se le acercó uno de los hombres armados que deambulaban por el jardín—. ¿Terminaron tus problemas?

—Eso parece —le sonrió Mc Quinn.

—¿Ves, hombre? ¡No hay nada como saber tomar una decisión adecuada! Además, con lo listo que eres, quizás el holandés te haga

pronto su socio, y llegues a tener una casa como ésta.

Mc Quinn se volvió a mirar la casa. Una preciosidad. Grande, elegante, blanca, con toldillos azules en las ventanas. En la parte de atrás había una piscina y dos pistas de tenis, que el holandés había hecho construir para sentirse atleta obligando a sus hombres a perder partidos contra él.

—Me conformo con bastante menos —dijo Mc Quinn.

—Eres un tío listo, Mc Quinn, te lo digo yo.

—Pues si tú lo dices… Bueno, ya nos iremos viendo.

* * *

¿Para qué engañarse? El «Thunder» era mejor que el hundido «Fisch». Tenía por lo menos cinco metros más de eslora, consiguientemente más manga, dos motores con casi el doble de potencia y un confort general apto para cualquier exigencia en un yate de su tamaño. Sólo tenía un defecto: que había tres hombres más a bordo. Por supuesto, a las órdenes directas de Mc Quinn, pero allá estaban.

Y ya que había tres hombres, ¿por qué no cuatro? De modo que aquella misma noche se presentó Keolo en el «Thunder», cargado con su petate. En la cubierta estaban el francés Dupré, el verrugoso británico Hearst, y el mestizo de norteamericano y hawaiiana Mokuo, cuando llegó Keolo, y, sin más, subió a cubierta. Los tres se quedaron mirándolo malignamente.

—¿Adónde vas tú, ballena tropical? —se interesó el estilizado Dupré.

—Mc Quinn me llamó esta tarde por teléfono, y me dijo que me contrataba.

—Ah, ¿sí?

—Sí.

—Pues ya te estás largando por donde has venido, ballena, porque Mc Quinn no es quién para contratarte. ¿Has comprendido?

—El que ha de comprender eres tú, Dupré —dijo Mc Quinn apareciendo en cubierta—, Y lo que has de comprender es que quien da las órdenes en este barco soy yo.

—De acuerdo en eso, señor capitán —ironizó Pero… ¿sabe el holandés que has empleado a esta ballena?

—Se lo diré a la primera ocasión.

—Te equivocas. Yo se lo voy a decir ahora mismo, capitán. Siempre y cuando no me prohíbas utilizar el radioteléfono, se entiende.

—Haz lo que te dé la gana. Pero la próxima vez que me discutas

algo, preocúpate antes de comprarte una dentadura postiza. Pasa, Keolo; te ayudaré a instalarte.

Minutos más tarde, Keolo había dispuesto sus cosas en el estrecho espacio que le correspondía en uno de los pequeños camarotes. Mc Quinn, que le observaba en silencio, preguntó de pronto:

—¿Sabes algo de las flores de hibisco?

Keolo se quedó mirándolo, desconcertado.

—No te comprendo.

—No me refiero a las flores-flores, sino a otra cosa que al parecer el holandés llama flores de hibisco. ¿No has oído mencionar eso por ahí?

—No. Para mí las flores de hibisco son flores y nada más.

—Bueno, ya lo sabremos. Hermoso barco, ¿verdad?

—Sí… —sonrió Keolo—. Hemos prosperado mucho.

—Ven, te enseñaré una cosa.

Lo condujo a la sala de máquinas, a la cual entraron los dos. Además de la sala de máquinas había un gran espacio poco usual sobre la quilla del barco, que quedaba inmediatamente debajo del espacio destinado a camarotes. Keolo se quedó mirándolo sorprendido, pero no demasiado, pues a fin de cuentas aquel truco era de esperar en un contrabandista. Truco que, por otra parte, no tenía nada de original…, hasta que Mc Quinn movió una pequeña palanca, y en el acto, silenciosamente, del techo descendieron dos paneles de grasienta madera que en cinco segundos cerraron la sala de máquinas por aquel lado. Quedó una pared como la que podía esperarse en aquel lugar, sucia y manchada profusamente de grasas y aceites.

—Esto sí está bien —admitió Keolo—. El holandés se ha gastado un buen dinero en preparar esto, Mc Quinn.

—Demasiado, diría yo, a menos que transporte grandes cantidades de mercancías.

—Bueno, él lo hace todo a lo grande, no como nosotros, que sólo hacíamos pequeñas marranadas.

—¿Te das cuenta de la gran cantidad de carga que cabe ahí dentro? Si es algo que pesa mucho la cosa está fea, porque cualquier guardacostas que nos vea navegar se dará cuenta de lo baja que va la línea de flotación.

—Bueno, tal vez sea carga ligera.

—¿Flores de hibisco, por ejemplo?

—Hombre, Mc Quinn —rio Keolo—, ¡nadie se molestaría en traficar con flores de hibisco! Están al alcance de cualquiera. Y baratas. ¿Qué se

te ha metido en la cabeza?

—El holandés me ha dicho esta mañana que seguramente mi primer trabajo será con las flores de hibisco.

Se quedaron mirándose en silencio. Por fin, Keolo encogió los hombros. No era hombre capaz de introducirse en los tortuosos repliegues cerebrales de un sujeto como el holandés.

—Bueno, salgamos de aquí —dijo Mc Quinn—. Ya nos enteraremos. Mientras tanto, Keolo, siento tener que pedirte esto, pero no quiero que nos compliquen la vida. Aunque te llamen ballena, o algo así.

—Nadie me hace enfadar a mí si yo no quiero, Mc Quinn.

—Eso quería decir.

Encontraron a Dupré en el saloncito del yate, tumbado en el diván y fumando absorto. No dijo esta boca es mía, así que quedó bien claro que el holandés no había puesto objeciones a que Mc Quinn contratase a un hombre en el que confiaba, y que conocía las islas y sus aguas incluso mejor que el propio Mc Quinn.

—Mañana daremos un paseo para probar el barco —dijo Mc Quinn, mirando a Dupré—: todo el mundo en pie al amanecer.

—¿Y por qué al amanecer, sólo para dar una vuelta?

—Porque yo lo mando —dijo Mc Quinn—. Y si te vas a pasar el tiempo llamando al holandés para preguntarle lo que puedo hacer o no puedo hacer dile que tengo ganas de mear, y que si me lo permite. Mientras tanto, me voy a tomar un trago por ahí. No molestéis mucho a Keolo, porque si me tocáis demasiado los cojones os lo suelto. ¿Comprendes, cara de puta?

* * *

Durante unos segundos Alejandrina Sanders se quedó mirando aquella cara sin reconocerla. Y de pronto, exclamó:

—¡Mc Quinn! ¿Es usted?

—Supongo que me ha reconocido por el pegote que llevo en el pómulo. Estoy muy bien, gracias, aunque de cuando en cuando me duelen esas malditas costillas rotas. ¿Puedo pasar?

—Dios mío, ¡claro que sí!

Lo llevó al saloncito, donde ahora había una mesita con una máquina de escribir y un montón de libros en el suelo.

—¿Ha empezado ya a escribir su libro? —preguntó Mc Quinn.

—Todavía no. Estoy preparando el material y los libros de consulta… Su amigo el señor Nolan es un hombre muy simpático. Un vejete amable, de verdad. Gracias por recomendármelo.

Mc Quinn asintió, metió la mano en el bolsillo, y sacó un rollo de billetes.

—He venido a devolverle su préstamo —dijo—. Espero que no me cobre intereses.

—Es usted un contrabandista un poco raro, ¿no le parece?

—Soy contrabandista, pero no ladrón. Si no recuerdo mal fueron cien dólares.

—Sí… Cien.

—Pues aquí tiene… Y gracias, señorita Sanders.

—De nada.

—Bien… Pues adiós.

—¿No quiere quedarse… a tomar una copa?

Mc Quinn se quedó mirando fijamente a Alejandrina. Esta llevaba el cabello recogido en lo alto de la cabeza, dejando al descubierto la nuca, ofreciendo toda la belleza de su esbelto cuello. Llevaba unos shorts y una blusa azul muy escotada. No llevaba sujetadores. Estaba de muerte.

—Además de a devolverle el dinero —murmuró Mc Quinn—, he venido a decirle una cosa, señorita Sanders.

—Ah… ¿De qué se trata?

—Olvídeme, ¿quiere?

—¿Qué… qué quiere decir?

—Quiero decir que deje de ir de un lado a otro del embarcadero preguntando por mí.

Alejandrina enrojeció.

—Bu-bueno, yo… yo sólo quería saber… si está usted bien.

—Ya le he dicho al llegar que estoy muy bien, gracias. Mire, tengo un empleo bien pagado, sigo en la mar y eso es lo que importa. Lo que me importa. Por lo demás, no siento interés por nada. ¿De acuerdo?

—No tiene… por qué molestarse tanto conmigo…

—No me molesto. Sólo le digo que me olvide. Ya, ni siquiera podría alquilarle un barco, así que no tiene objeto que usted siga preguntando por mí. Es una tontería, ¿no cree?

Alejandrina no contestó. Mc Quinn estuvo unos segundos mirando al ahora pálido rostro femenino. De pronto, soltó un gruñido, dio media vuelta, y se marchó.

Hacía casi un minuto que se había oído la puerta del bungalow al cerrarse, cuando Alejandrina Sanders reaccionó. Fue a la cocina y se quedó mirando la flor de hibisco puesta en un vaso de agua. Era un

desastre. Las flores de hibisco, tan hermosas, tienen un defecto irreparable: no suelen vivir más de un día en el árbol o arbusto, y por otra parte, después de cortadas languidecen rápidamente. Sí… Tardan en abrirse, y cuando lo hacen, al amanecer, saben que aquella misma noche, quizá con suerte a la siguiente, caerán. Y si las cortan, lo mismo.

Bellas, pero delicadas flores de hibisco…

CAPÍTULO IV

LOS destellos de luz roja parecieron flores en la oscuridad. Noche sin luna, negras aguas, enormes estrellas resplandecientes, de frío tono azulado. Su luz no podía confundirse en modo alguno con la de aquellos destellos rojos.

—Ahí lo tenemos —dijo Dupré.

Estaban a unas doscientas millas al este de la isla de Oahu, aproximadamente a la misma altura, pero ahora sobre la isla de Hawaii, que se hallaba también a unas doscientas millas hacia el Sur. Para ser exacto, y según las mediciones de Mc Quinn, se hallaban a 21 grados treinta minutos de latitud Norte y a 155 grados de longitud Oeste. Es decir, en el lugar exacto donde el holandés había indicado a Mc Quinn que se produciría, apenas comenzada la noche, el encuentro con el carguero.

Y allá estaba el carguero, haciendo la señal acordada.

—Bueno, vamos a recoger la carga, capitán.

Mc Quinn miró de reojo a Dupré, ya que le estaba fastidiando con lo de «capitán», siempre dicho en tono burlón, pero no dijo nada. Se limitó a cumplir su parte, esto es, dirigir el yate al encuentro del carguero.

Pocos minutos después, ambas embarcaciones estaban paradas una junto a la otra. En la borda del carguero se veían las siluetas de algunos hombres, lo que no era nada sorprendente. Sin embargo, sí sorprendió a Mc Quinn las siluetas de algunas chicas, de las cuales oyó las risas. Por un instante, pensó que el holandés se dedicaba a la trata de carne humana, al tráfico de esclavas sexuales, pero esto no estaba acorde con las risas de las muchachas.

—A ver, tú, ballena —llamó el verrugoso Hearst—, venga, te ha llegado la hora de demostrar lo fuerte que eres. ¡A trabajar!

Las luces de las dos naves habían sido apagadas completamente, no quedaba ni una. Se trabajó a la luz de las estrellas, y Mc Quinn comprendió que de eso se trataba precisamente. La operación, fuese cual fuese, se realizaba cuando no había luna, es decir, en luna nueva Y si se hacía en otra época del mes, debía ser en noches nubladas…

Una docena de jóvenes pasaron por medio de una escalerilla desde el carguero al yate, pero la operación no terminó con esto. Unas cajas de madera, cuadradas, de algo menos de un metro de lado, fueron descargadas desde el carguero por medio de una pequeña grúa, y Mc Quinn no necesitó indicaciones para saber lo que tenía que hacer. Simplemente, como los demás, y como algunos de los marineros del carguero y hasta las propias muchachas que no dejaban de reír, ayudó a llevar las cajas al compartimiento oculto de la quilla del yate, que luego fue cerrada.

En total debían haber colocado allí unas veinte cajas.

—¿Qué contienen, Dupré? —preguntó Mc Quinn.

—Si no te lo ha dicho el holandés no te lo voy a decir yo. Ya te lo dirá cuando llegue el momento.

Mc Quinn encogió los hombros, como quien no siente excesivo interés, pero estaba muy interesado e intrigado. ¿Aquél era el trabajo de las flores de hibisco?

La docena de muchachas estaban en el saloncito del yate, riendo y fumando, cuando regresaron a cubierta. La despedida fue rápida, y el carguero y el yate se separaron.

—Kiholo Bay —dijo Dupré.

Mc Quinn lo miró sorprendido.

—¿Vamos a la Hawaii? ¿No regresamos a Ohau, a Honolulú?

—Ya me has oído, ¿no? Y a partir de ahora es cuando tienes que demostrar lo listo que eres si alguien pretende meter sus narices en nuestro barco. Tenemos que llegar a Kiholo Bay antes del amanecer…, y sin contratiempos. ¿De acuerdo, capitán?

—De acuerdo. Ponte tú a los mandos un rato, mientras voy a prepararme café para el resto del viaje. Hacia el Sur. Sabes dónde está el Sur, ¿no?

—No te las des de gracioso conmigo. Además, sé que vas más que nada a echarle un vistazo a las chicas. Pero cuidadito con lo que se te ocurre: no se ha hecho la miel para la boca del asno.

—Lo sabía antes de que tú rebuznaras.

Keolo, que estaba cerca, soltó una risita. Dupré maldijo por lo bajo,

y fue a hacerse cargo de los mandos. Mc Quinn entró en el saloncito, donde estaban Mokuo y Hearst dando instrucciones a las muchachas respecto al modo de acomodarse para el viaje hasta la isla de Hawaii.

—¿Es usted el capitán? —preguntó una de las chicas.

—Así es —murmuró Mc Quinn.

—Pues me gusta. No es que sea guapo, pero me gusta. ¿Nos veremos en Paradise Village?

Mc Quinn parpadeó, y miró a Hearst, que se limitó a sonreír burlonamente, sin dar ninguna explicación.

—Me parece que el capitán no es muy simpático —dijo otra de las chicas.

Esta y la anterior eran las únicas de raza blanca, las dos inglesas, identificó Mc Quinn por su modo de hablar el inglés. Las demás era orientales: chinas, tailandesas, malayas, un par de japonesas… Pero todas tenían algo en común: no había ninguna que pareciese tener ni siquiera veinte años, y todas eran preciosas y risueñas. Especialmente, había una china que no dejaba de mirar fijamente a Mc Quinn, que resultaba impresionante.

—Si necesitan algo, avísenme… —dijo por fin Mc Quinn—. ¿Todas ustedes hablan inglés?

—Claro que no, primor —dijo una de las inglesas—, pero no se preocupe: podemos entender todo lo que usted quiera que entendamos. Es lo que importa, ¿no?

Mc Quinn se metió en la cocina, preparó café, se metió bajo el brazo una botella de whisky, y regresó a cubierta, fastidiado porque las muchachas no dejaban de reír. Bueno, ya se dormirían.

Keolo estaba sentado en la cubierta de popa, y Mc Quinn se sentó junto a él y le tendió el termo con café. Keolo bebió directamente un trago, mientras Mc Quinn hacía lo mismo de la botella de whisky, que no se molestó en ofrecer a su amigo, pues sabía que nunca bebía alcohol.

—Tal vez a estas chicas las llamen flores de hibisco —dijo de pronto Keolo.

—Tal vez. Desde luego, van a entrar en las Hawaii, es decir, en territorio perteneciente a los Estados Unidos, ilegalmente. Por el momento iremos a Hawaii, a Kiholo Bay.

—No hay nada que valga la pena en esa parte de la isla, y tú lo sabes.

—Sí, lo sé —asintió Mc Quinn—, pero ésas son las últimas

instrucciones de Dupré. Quizá más adelante el holandés confíe plenamente en mí y me ponga al corriente de todo. Tengo la impresión de que en este viaje nos están probando, Keolo.

—Es lógico. ¿Te has enterado de lo que hay en las cajas?

—Todavía no, pero ya nos enteraremos. Creo que en ellas está lo verdaderamente importante de la operación.

—No contienen armas. Pesan muy poco.

—No me imagino para qué podría querer una gran cantidad de armas el holandés, a menos que se haya vuelto loco y pretenda organizar una revuelta entre los nativos para liberar las Hawaii del yugo norteamericano y convertirse en rey de las islas.

—El rey del paraíso recuperado —sonrió Keolo—. No es mala idea. A mí me gustaría llevarla a la práctica.

—Y a mí —sonrió Mc Quinn, súbitamente divertido—. Bueno, vamos a dejar de decir tonterías. Lo de las cajas tiene que ser algo fácil de manejar y fácil de vender, de negociar. Nada de armas. ¿Drogas?

—Eso ya es más posible.

—Pues no me gustaría meterme en contrabando de drogas. Nunca he tocado ese negocio, y me jodería mucho hacerlo por cuenta de otros… ¿Vienes a hacerte cargo de esto o te vas a pasar la noche charlando?

—Ya ha vuelto a rebuznar… —dijo Keolo, riendo—. ¿Quieres que les eche un vistazo a las cajas?

—Ni se te ocurra, por ahora. Ten los ojos bien abiertos, eso es todo. Bueno, voy a cumplir con mi obligación…

Se despidió con un gesto, se puso en pie, y subió a la cabina, haciéndose cargo del timón. El yate navegaba ahora reglamentariamente iluminado, y la noche era hermosa. Es decir, que por el momento, Mc Quinn estaba haciendo precisamente lo que más le gustaba: navegar en paz y en silencio.

* * *

Todavía de noche, había avistado la isla de Hawaii, es decir, el pico del Mauna Kea, como un enorme gigante a la luz de las estrellas. Luego, navegando a considerable distancia de la isla, dejó atrás y a su izquierda Upolu Point, y continuó la ruta hacia el Sur, ya siempre divisando la isla de Hawaii, la más grande del archipiélago al que daba su nombre. El resto de las islas quedaban hacia el Oeste: Maui, Kahoolawe, Lanai, Molokai, Oahu, Kauai, y, en el extremo, la pequeña Niihau, como las más importante.

Silenciosamente, Mokuo entró en la cabina y se quedó junto a Mc

Quinn, mirando hacia la isla como subyugado. El americano lo miró de reojo, y apretó los labios al ver la fascinada expresión del mestizo polinesio. Había visto aquella expresión en los ojos de muchos hawaiianos.

De pronto, Mokuo parpadeó, como despertando, y miró a Mc Quinn.

—¿Todo va bien? —preguntó.

—Sí.

—¿Conoces Mano Point?

—No hay nada de estas islas que tú conozcas y que no -conozca yo.

—Cuando estés exactamente entre Kiholo y Mano Point, dirígete a tierra.

Y ahora, todavía de noche, estaban ya muy cerca de la solitaria y baja costa del oeste de Hawaii. Todo el mundo estaba en movimiento a bordo. Mokuo, que ya no se había separado de Mc Quinn, señaló hacia un punto de la costa.

—La pequeña ensenada.

Entraban en la pequeña ensenada cuando empezó a aparecer la roja luz del día, que se anunciaba como un gigantesco incendio por encima de la isla. Mc Quinn sabía que en cuestión de minutos ya sería completamente de día, pero ya no importaba. Había llevado el barco a su destino en el tiempo exigido.

De pronto, divisó las dos cicatrices blancas sobre el agua, que se abrían detrás de sendas lanchas que se acercaban. Una se colocó a estribor del yate, y la otra a babor. Mokuo dijo:

—Nos escoltarán hasta la playa. Cuando ellas se detengan, tira el ancla.

Salió de la cabina, y a los pocos segundos entró Keolo.

—Hay tres hombres en cada lancha —dijo—. Uno de ellos lleva una pilota, los otros dos están armados con rifles. Y llevan en cubierta algo tapado con una lona que yo diría que es una ametralladora ligera.

—Puestas así las cosas —deslizó Mc Quinn—, yo diría que no le sienta bien a este lugar el nombre de Paradise Village.

—Ya conocemos el sitio —frunció el ceño Keolo—, aunque nunca supimos que alguien le daba ese nombre. Para nosotros, esto ha sido siempre un poblado de recreo, uno de tantos puntos «paradisíacos» para los turistas tontos.

—Tal vez no sean tan tontos como hemos creído hasta ahora. Toma los mandos. Yo voy a ver qué pasa.

No pasaba nada. Simplemente, estaban llegando a la playa, orlada

de cocoteros, por entre los cuales se divisaban los bungalows, en el fondo de la ensenada de estrecha boca. Mc Quinn pensó que si alguien pretendía entrar en la ensenada sin ser visto por los ocupantes de las dos lanchas, o bien pretendía entrar sin permiso, tendría no pocos problemas. Y esto, ciertamente, no era legal. El poblado de recreo posiblemente pertenecía a alguna cadena hotelera y podía ser una zona lo más exclusiva que quisieran, pero el mar no era de nadie, o, mejor dicho, era de todos.

Sin embargo, allá estaban las dos lanchas. Y poco después, ya cerca de un pequeño embarcadero pintado de verde parecido al de la vegetación, vio otras dos lanchas más. Las cuatro debían ser utilizadas para remolcar esquiadores, pero además, cumplían servicio de vigilancia.

Un minuto más tarde, regresó Mc Quinn a la cabina, para atender la maniobra. Y poco después, el yate estaba junto al embarcadero, al cual fue amarrado, el ancla en el fondo.

Los tres hombres de una de las lanchas habían subido a bordo, y conversaban con Dupré y Hearst. Mc Quinn miró a Keolo, sin expresión alguna, y el hawaiiano se limitó a mover una ceja y se colocó en la entrada al interior del yate. Allá dentro, Mokuo estaba reagrupando a las bellas muchachas, que ahora no reían; estaban soñolientas.

Sin la menor vacilación, Mc Quinn se dirigió al sollado, donde procedió a abrir la trampilla vertical que ocultaba la zona clandestina de carga. Agarró una palanca, se metió dentro, y examinó rápidamente los bordes de las cajas, hasta encontrar una que admitía sin esfuerzo ni destrozo el afilado borde de la palanca. La introdujo entre la caja y la tapa, y alzó unos centímetros ésta. Luego, con las manos, la alzó un poco más, se inclinó, y miró el interior.

Tardó cuatro o cinco segundos en distinguir lo que había o de la caía.

Era una niña.

Una niña de siete u ocho años, de raza china, que estaba sujeta a los lados de la caja por amplias tiras de cuero con hebillas. La niña tenía la boquita entreabierta y dormía profundamente. Mc Quinn no podía creer lo que estaba viendo.

Se hallaba tan absorto contemplando a la niña dormida, que estuvieron a punto de sorprenderle. Respingó al darse cuenta de que estaba oyendo voces, se irguió vivamente, y con las manos apretó la tapa de la caja, introduciendo los clavos en los agujeros. Justo en el

momento en que terminaba de dejar la palanca en la sala de máquina, aparecían Dupré, Hearst, y los tres hombres de la lancha.

—¿Qué estás haciendo aquí? —alzó las cejas Hearst.

—Si no te importa, reviso el funcionamiento de los motores de mi barco. He notado desde hace rato un ruido que no me ha gustado.

—¿Por qué has abierto la trampilla?

—He supuesto que ibais a descargar las cajas. Si no es así, ciérrala y déjame en paz, ¿quieres?

Le volvió la espalda, agarró una llave inglesa, y se acercó a las máquinas…

—Está bien —oyó a Hearst—, vamos a descargarlas. Cuando termines con eso, Mc Quinn, baja a tierra. Desayunaremos alegremente.

Mc Quinn no se sentía en absoluto alegre, pero siguió el juego. Después de que las cajas hubieron sido descargadas, y todas las bellas jóvenes menos dos hubieron desembarcado, fueron todos a uno de los bungalows, algo separado de los restantes del poblado y el más cercano a la playa.

En el bungalow había varias chicas desconocidas para Mc Quinn, no formaban parte del grupo recién desembarcado, que había desaparecido tierra adentro, así como las cajas. Eran unas chicas jóvenes y hermosas como las que habían recogido del carguero, y por toda indumentaria llevaban una falda de floreada tela sujeta a las caderas. Sus hermosos pechos descubiertos vibraban con juvenil turgencia a cada movimiento, y bien pronto quedó aclarado que si estaban allí no era para adorno, ni para servir el desayuno a los tripulantes del yate del holandés, sino también para lo que éstos desearan.

El primero en comenzar a besar los pechos de las rientes muchachas fue Dupré, que finalmente, despreciando el resto del desayuno, tumbó a una sobre una esterilla de paja, comenzó a morderla, besarla y manosearla, y por último la penetró, entre el jolgorio de las demás chicas y las risotadas de Mokuo y Hearst.

En total había siete muchachas, y todas hablaban inglés. Tres de ellas eran de raza blanca, Mc Quinn dedujo que una francesa y dos norteamericanas de grandes y magníficos pechos. Había también dos hawaiianas, una china y una tailandesa.

Una de las norteamericanas se inclinó sobre el silencioso Keolo, y le restregó los pechos por la cara.

—Ven, gigantón, Priscille te va a dar lo tuyo.

Keolo le sonrió, y continuó desayunando sentado a la larga mesa. La

muchacha se mosqueó.

—¿Qué pasa? ¿No te gusto?

—Oh, sí —dijo amablemente Keolo—, pero ahora estoy comiendo.

—Pues será mejor que espabiles, porque te aseguro que antes de las nueve los clientes se pondrán en marcha y entonces no podremos atenderos a vosotros, ¿estamos?

—Ven para aquí —dijo Mokuo, poniéndose en pie—. Yo también tengo lo que andas buscando.

—Pero no será en la misma cantidad —dijo la muchacha.

Se echaron a reír todos. Mc Quinn miraba de reojo a Keolo, que parecía una máquina de comer. Y no porque fuese un glotón. Simplemente, Keolo amaba locamente a su mujer, y hasta el momento, desde que empezaron a hacer el amor cuando ella tenía doce años y él quince, jamás se había acostado con ninguna otra mujer, jamás.

—Oye, Keolo —dijo de pronto Mc Quinn—, siento tener que fastidiarte, pero dejé las máquinas un poco chirriantes. Tendrías que echarles un vistazo cuanto antes. No quisiera tener un fracaso navegando.

Keolo lo miró, se puso en pie sin decir palabra, y abandonó el bungalow, llevándose parte de la comida.

—¡Coño! —exclamó Hearst—. ¡Eres un cabronazo, Mc Quinn! ¡Menuda putada le has hecho a tu amigote!

—Que se joda —gruñó Mc Quinn—. Aquí el que manda soy yo, y no me toques mucho las narices o te envío a ti a limpiar la cubierta.

—Eso te lo crees tú —gruñó Hearst—. Ahora estamos en tierra, y además, el holandés quiere que lo pasemos bien cada vez que venimos a Paradise Village… ¿No es cierto, chicas?

Las chicas rieron. Mokuo se llevó a otra esterilla a la norteamericana de los grandes pechos, la tumbó, y sin más protocolos la penetró impetuosamente. La muchacha lanzó un grito desgarrador…, y acto seguido se echó a reír burlonamente, diciendo:

—¡Venga, polinesio, ponme en marcha, amor mío!

Mc Quinn concentró la mirada en su desayuno. Cuando la alzó, las chicas que quedaban libres lo estaban mirando entre risueñas y desconcertadas.

—Escucha, tiburón —dijo una de ellas—, si no quieres hacerlo, lo dices y en paz. Nosotras deseamos complacer al holandés, y por tanto a vosotros, pero si no quieres juerga nos vamos. Tenemos otras cosas que hacer, ¿sabes?

—Me gusta la juerga —dijo Mc Quinn—, pero yo no soy un espectáculo público.

—¿Qué quieres decir?

—Que si lo hago, no será aquí, delante de estos cerdos.

—¡Oh, bueno, si es por eso…! ¿Quieres que vayamos a la selva virgen?

Se echaron a reír las cuatro. Mokuo estaba bramando como una bestia. Hearst seguía manoseando a la que tenía sentada en las rodillas, y procedió a su satisfacción sin cambiar de postura. Dupré, que había terminado su primer asunto, miraba ahora fijamente a Mc Quinn. Este se puso en pie, agarró de un brazo a una hawaiiana y a la china, y salió del bungalow, directo hacia la lujuriante espesura…, y nunca mejor dicho, lo de lujuriante.

CAPÍTULO V

HACIA las nueve de la mañana, Mc Quinn regresó al bungalow con las dos chicas. En la playa vio a dos hombres barrigudos, de pie, conversando y fumando. Uno de ellos era calvo, y tenía la cabeza roja de sol… De otro bungalow vio salir a otro hombre, también maduro, de no menos de cincuenta años, flaco y alto como un ciprés, y con las carnes blancas como la leche. Llevaba lentes, y miraba a todos lados como esperando el milagro del mundo.

—Ese es nuevo… —rio la hawaiiana—. Llegó anoche, y ya pidió dos amiguitas. Ha debido gustarle tanto que ya las está buscando.

—Pues será mejor que no busque mucho, no sea que se encuentre el túnel ante las narices y se le ocurra entrar, pobrecillo.

—¿Qué túnel? —preguntó Mc Quinn.

—Oye, eres un preguntón, ¿sabes? Te has pasado el tiempo haciendo preguntas.

—También he hecho otras cosas, —sonrió Mc Quinn.

—Bueno, pues eso es todo. Si quieres saber más cosas, se las preguntas al holandés. Nosotras, aquí, estamos para joder, ver y callar. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo. Y lo hacéis todo muy bien.

Entraron riendo los tres en el bungalow. Dentro de éste había un nuevo personaje, de lo más… extravagante. Era una mujer, alta, rubia casi albina, gruesa, de enormes pechos, ojos claros, boca gruesa y, a juicio de Mc Quinn, marrana. Él se entendía con lo de las mujeres que tienen la boca marrana y sus aficiones bucales. Debía tener unos treinta años y era absolutamente espléndida. Sus carnes, de natural muy blancas, estaban doradas por el sol. Su indumentaria consistía en un sarong que llevaba sujeto a la altura de medio pecho, ocultando

parcialmente sus grandes proporciones. Llevaba la cabellera llena de flores de hibisco, y en el cuello, un collar de perlas. Era un cromo.

—Bueno, Mc Quinn, por fin ha regresado —dijo la mujer—. Es ya muy tarde, y las chicas deben estar todas a disposición de los clientes, ¿no se lo han dicho?

—Sí, pero se me fue el santo al cielo jodiendo.

—¡Esta es buena! —rio Dupré—. ¡Hombre, por fin dices algo bueno, Mc Quinn! ¡El santo al cielo, jodiendo! ¡Esta es buena!

Las chicas también reían. La hermosa y abundante exótica tendió la mano a Mc Quinn.

—Espero verlo más veces por aquí. Yo soy Paradise.

—¿Quién? —preguntó Mc Quinn aceptando la mano.

—Todos me llaman Paradise, y es suficiente —sonrió ella— Bueno, creo que será mejor que se marchen ya. A los clientes les gusta tener el lugar y sus cosas para ellos solos. Venga, chicas, todas a lo vuestro.

Las complacientes muchachas abandonaron el bungalow. Mc Quinn encendió un cigarrillo, y dijo, mirando a Paradise:

—¿Quiere algún recado para el holandés?

—Claro que no. Todo normal, como siempre… Bueno, dígale que las flores de hibisco han llegado bien, ningún problema.

—¿Eso es todo?

—Sí. Siento tener que insistir en esto. Mc Quinn, pero tienen que marcharse. Esto es un negocio, no una juerga privada.

—¿Qué clase de negocio? ¿Algo así como una casa de putas paradisíaca para clientes con mucho dinero?

—¡Exactamente! —rio Paradise—. ¡Lo ha descrito muy bien! Tengo la impresión de que es usted un tipo interesante, Mc Quinn. No me extraña ahora que haga tanto tiempo que el holandés andase detrás de usted para contratarlo.

—El que la sigue, la consigue, dicen. Aunque no sé si eso sucede siempre. Por ejemplo, a mí se me está ocurriendo algo que quizá no pueda conseguir nunca.

—¿De qué se trata?

—De tirármela a usted. ¿O está reservada para alguien especial?

Todo quedó en silencio. Paradise entornó los párpados. Hearst se movió inquieto y Mokuo miró por una ventana al exterior. Dupré se acercó a Mc Quinn, lo agarró por un brazo, y tiró de él.

—Larguémonos, maldito idiota —masculló.

Cuando salieron del bungalow, la playa estaba llena de chicas que corrían riendo de un lado al otro, brincando sus pechos, vibrando sus caderas. A una de ellas se le cayó la faldita y los dos hombres gordos trotaron hacia ella y comenzaron a ponérsela… El paraíso terrenal artificial para algo todavía más artificial: el dólar. Simplemente, aquello era un puterío por todo lo alto, y Mc Quinn, sin duda, habría desdeñado el asunto si no hubiera estado recordando en todo momento a la niña dormida dentro de la caja…

Keolo les estaba esperando en cubierta.

—Todo en orden, Mc Quinn —informó.

—Pues vámonos. Toma tú los mandos, Keolo.

—¡Lo que te has perdido, ballena tropical! —rio Dupré.

—¿Puedo, Mc Quinn? —suplicó Keolo.

—No. Saca el barco al mar.

Se metió dentro del yate. Allá, en el saloncito, estaban la muchacha china bellísima y una de las japonesas. Mc Quinn oyó los pasos tras él, y se volvió, alzando las cejas. Era Hearst, que movió la cabeza.

—Olvídalo —recomendó—: estas dos aves raras están todavía vírgenes, según su certificado, de modo que son para el holandés, en primera instancia. Siempre es así, ¿comprendes?

—Comprendo —asintió Mc Quinn—. Voy a dormir unas horas. Llamadme si no me he despertado cuando lleguemos a Honolulú. Supongo que puedo dormir, ahora que todo ha terminado bien.

—Claro. Es tu turno, hombre. Duerme tranquilo.

Mc Quinn asintió, dio unos pasos, y se volvió.

—¿Qué pasará con ellas cuando lleguemos a Honolulú? —preguntó, moviendo la cabeza hacia las dos muchachas.

—Tranquilo, eso no es cuenta nuestra. El holandés enviará a sus tiburones de tierra a recogerlas con un coche, eso es todo. Nosotros tendremos un par de días libres…, y buen dinero para gastar. ¡Vamos viento en popa, Mc Quinn!

* * *

Cerca de las seis de la tarde, el yate de James Nolan regresó a puerto. Desde el embarcadero, con las manos metidas en los bolsillos de su flamante pantalón blanco, Mc Quinn lo observaba, entornando un ojo para protegerlo del humo del cigarrillo que sostenía entre los labios.

El yate llegó y sin decir palabra, Mc Quinn ayudó a Nolan a amarrarlo a los dos norai. Desde la cubierta, Nolan le observaba especulativamente. Si había alguien en el mundo que no fuese amable,

ése era Mc Quinn.

Pero bueno, así estaban las cosas, de modo que, tras colocar la escalerilla, Nolan lo hizo una seña a Mc Quinn, que subió a bordo.

—¿Qué tal, Jim?

—Muy bien. Y tú tienes muy buen aspecto, ¿eh?

—Para variar.

—Ya. He oído decir que trabajas para el hijoputa del holandés.

—Así es.

—Pues entones, tú también eres otro hijoputa, me parece a mí.

—Te voy a alquilar el barco, Jim.

—Ya está alquilado. Y aunque no fuese así, quítatelo de la cabeza. A lo mejor, después de un día de sol y con los sesos cocidos, te lo alquilaría a ti, pero si trabajas para el holandés, ni hablar. Y no me vengas con amenazas. Ya soy muy viejo para que me acojone un sujeto como tú.

—Sólo será por un día.

—Ni por un segundo. Gracias por ayudarme a amarrar.

—Está bien. Buscaré otro barco.

—Como si quieres morderte el culo. Pero si encuentras alguien que te lo alquile, avísame, para emborracharme. Ya eras un mal bicho antes, cuando trabajabas por tu cuenta, conque imagínate ahora.

—Jim: no abuses de tus canas.

Mc Quinn dio la vuelta, y se dirigió hacia la pasarela…

—¡Mc Quinn! —oyó la exclamación.

Se detuvo en seco y se volvió, lentamente. Alejandrina Sanders, con la mano tendida y el rostro sofocado, corría hacia él. Mc Quinn tuvo la sensación de que su estómago se encogía súbitamente. La señorita Sanders estaba bellísima; el sol parecía resplandecer en su carne, tal vez todavía un poco enrojecida. Llevaba una amplia falda larga y un jersey marinero, listado horizontalmente en azul y blanco, que hacia destacar sus pechos con una pujanza impresionante. Sus cabellos todavía estaban un poco húmedos, sueltos…

—¿Cómo está? —se interesó vivamente Alejandrina, tomando su mano fuerte y nudosa—. ¡Me alegro mucho de verle!

—¿Por qué? —gruñó Mc Quinn.

—Oh, pu-pues… Bueno, me… me alegro, eso es todo…

—Está bien: gracias. ¿Cómo van sus estudios submarinos?

—Bueno… Bien. Oh, sí, muy bien —la muchacha miró de reojo al

viejo Nolan—, Estoy trabajando mucho.

—Supongo que se pasa mucho tiempo bajo el agua.

—Sí, claro. Es la parte más agradable de mi trabajo. Me pregunto si usted sabe bucear. Quiero decir, bien.

—Escuche, yo nací en tierra por equivocación —gruñó de nuevo Mc Quinn—. Por lo demás, lo que haga usted bajo el agua yo lo hago mejor cien veces.

—Pues eso sería digno de verse —rio Alejandrina, sonrojado el rostro intensamente; de pronto, se turbó—. ¿Qué… qué hace usted aquí, en este barco?

—Venía de paso. Adiós, señorita Sanders.

—Creí —ella le retuvo por un brazo—, creí que quizá… había venido precisamente a interesarse por mi trabajo.

—No diga tonterías. Adiós, tengo muchas cosas que hacer.

* * *

Hacia las nueve y media de la noche, Mc Quinn estaba de un humor de perros. Se había convencido de que tener mala, fama resultaba poco conveniente, tarde o temprano. Nadie había querido alquilarle su barco, ni mucho menos, vendérselo a fiado. Intentó contratar una avioneta, pero no tenía dinero suficiente para ello. Su último intento había sido cerca de un par de socios que tenían un pequeño hidroavión para pasear turistas, pero poco menos que lo habían enviado a la mierda,

—Pues a mí no se me ocurre nada —dijo Keolo, sentado junto a él en la cubierta del «Thunder»—. Conseguí mi parte, pero si tú no consigues un barco no podremos hacer nada. Creo que debemos decidirnos y utilizar el «Thunder». Eres el capitán, ¿no?

—Están esos tres —señaló con la barbilla Mc Quinn hacia dentro del yate—. Tendríamos que matarlos para llevarnos el barco, y si no lo hacíamos, el holandés se enteraría muy pronto de que nos lo habíamos llevado.

—Pues matémoslos: son carne de horca. Maldita sea, si todo lo que has pensado es cierto esos tipos merecen ser decapitados. Y precisamente, tengo preparado mi machete. ¿Quieres que les corte la cabeza?

—Me gustaría —sonrió torcidamente Mc Quinn—, pero te meterían en la cárcel.

—Maldita sea… ¡Y mientras tanto, el holandés desvirgando a las dos chicas!

—Bueno, esa cuestión ya no me preocupa tanto. Ellas se han

vendido a sí mismas, ¿no? Pues muy bien. Pero esas flores de hibisco…

—Podríamos tomar pasaje en algún barco o avión de viajes regulares hasta Hilo, y desde allí rodear la isla hasta Kiholo Bay.

—Se nos echaría el tiempo encima. Y en cuanto el holandés me echara en falta reaccionaría.

—Pues matemos primero al holandés.

—Explícame cómo llegamos hasta él en su quinta. Está protegido por hombres armados. Y hasta creo, que tiene perros.

—¡El sí que es un maldito perro! Deberíamos…

Keolo se dio cuenta de la brusca tensión de Mc Quinn. Le vio con la mirada fija en el embarcadero y se volvió a mirar. El hawaiiano sonrió, de pronto, alegremente.

—Me pregunto qué ha vista en ti la señorita Sanders —dijo—. ¿Y sabes lo que más me gusta de ella? Su tenacidad. Parece de las que jamás se dan por vencidas.

—Por mí parte puede irse al infierno.

—¿Lo dices en serio?

Mc Quinn soltó uno de sus gruñidos. Recordó, una vez más, el profundo asco que había sentido aquella misma mañana en Kiholo Bay, mientras hacía el acto sexual primero con una y luego con otra de las complacientes muchachas. Pero sobre todo, recordó aquella especie de visión que tuvo del rostro de la señorita Sanders… ¡Maldita sea!

—¡Mc Quinn! —llamó Alejandrina—. ¡Tengo que hablar con usted!

—¿Le digo que se vaya al infierno? —propuso Keolo.

—No me cabrees, Keolo —Mc Quinn se puso en pie, y descendió al embarcadero, acudiendo al encuentro de Alejandrina—. Escuche, señorita Sanders, estoy más que…

—Le he conseguido el barco.

—¿Qué barco?

—El del señor Nolan. Él me dijo que usted se lo había querido alquilar y que se había negado. Pero yo le he convencido.

Mc Quinn no daba crédito a sus oídos. Alejandrina le mostró las llaves, sonriendo.

—No se mueva de aquí —masculló; regresó a toda prisa junto a Keolo—. Tenemos el barco de Nolan a nuestra disposición. Escucha, dentro de unos minutos les dices a esos tres que voy a pasar la noche fuera del «Thunder» y que tú también te vas a casa. Vas a recoger el material y te reúnes conmigo en el barco de Nolan.

—¿Lo ha conseguido la señorita Sanders?

—Sí.

—¿Cómo?

—¡Pero qué demonios importa eso…! Tenemos el barco, ¿no?

—De acuerdo. Dentro de veinte minutos me reúno contigo.

Mc Quinn regresó al embarcadero, y se alejó con Alejandrina Sanders. Keolo esperó tres o cuatro minutos. Luego, despacio, entró en el saloncito del yate, donde Hearst, Mokuo y Dupré estaban bebiendo y jugando al póquer.

—Mc Quinn va a pasar la noche fuera —dijo tranquilamente Keolo —, y yo también.

—Hombre, no fastidies —dijo Hearst—. ¡Precisamente ahora queríamos proponeros que jugarais con nosotros, para animar un poco la partida! Nosotros ya nos conocemos demasiado.

—No, gracias. Me voy a casa.

—Estás caliente, ¿eh? —rio Dupré—. Claro, fuiste el único que no mojaste esta mañana… Bueno, anda, ve a tirarte a la ballena que tienes en casa.

Keolo pareció reflexionar. Luego, se acercó a Dupré, lo asió por la ropa, lo levantó por encima de su cabeza, y lo estrelló contra un tabique. Todo el «Thunder» crujió acompañando el grito de Dupré, que se truncó cuando perdió el sentido bajo el tremendo impacto que le partió un brazo.

Los otros dos se habían puesto en pie rápidamente y Hearst gritó:

—¡Oye tú, hijo de p…!

El puño derecho de Keolo se estrelló contra su nariz. Grande y sólido como un coco, se incrustó con tal violencia que Hearst tuvo la sensación de que, dentro de su cabeza, estallaba una bomba. Cayó hacia atrás sin sentido, con la nariz destrozada y manando sangre como un torrente.

Keolo ya estaba lanzado. Le largó a Mokuo un patadón escalofriante en el vientre, y el mestizo lanzó un berrido, saltó encogido, cayó de rodillas con los ojos fuera de las órbitas y sintiendo la muerte en las entrañas…, y recibió entonces un bofetón que lo tiró encima de Dupré como un muñeco roto. Keolo recogió todo el dinero, se lo metió en el bolsillo, y arrambló con las dos botellas de whisky.

Quince minutos más tarde, del saco que depositó en el suelo dentro de la cabina de mandos, sacó las dos botellas y se las tendió a Mc Quinn.

—Los muchachos te obsequian esto.

—De modo que lo has hecho —sonrió divertido Mc Quinn.

—Llamaron ballena a la madre de mis hijos.

—Siempre se comete un error. Bueno, nos vamos.

—No he visto a Nolan.

—Se fue a ver a su hija. La señorita Sanders dice que Nolan no quiere saber nada de lo que hacemos.

—No sabía que Nolan tuviera una hija.

—¿Qué importa eso? Bien, vámonos.

Estaban apenas a tres millas de la costa cuando Alejandrina apareció y entró en la cabina. Keolo se quedó mirándola como quien contempla un fantasma.

—¿Todo va bien, Mc Quinn? —preguntó la muchacha.

—Sí —gruñó Mc Quinn.

—Pero… ¿qué hace ella aquí? —exclamó Keolo.

—Dijo que si no venía con nosotros no nos dejaba el barco, y que si le quitaba las llaves avisaría a la policía —farfulló Mc Quinn.

—¡No puede venir!

—¿Por qué no? —preguntó Alejandrina—, ¡Tengo una enorme curiosidad por ver cómo hacen ustedes el contrabando!

—¡Pero qué contrabando…! —aulló el hawaiiano—. ¡Vamos a por las flores de hibisco, y usted…!

—Cierra la boca —gruñó Mc Quinn.

—¿Van a por flores de hibisco? —se pasmó Alejandrina—. ¿Adónde? Además, en Ohau hay todas las que quieran, así que no comp…

—Cierre la boca —gruñó Mc Quinn.

—¡No me da la gana! ¿Quién se ha creído que es usted? ¿El rey de la Polinesia, o algo así? ¡Les estoy prestando mi barco, pues soy yo quien lo está pagando, así que menos humos conmigo! ¡Ya estoy harta de su mal carácter y de su pose de matón enfurruñado! ¿Qué es lo que le pasa a usted, señor Mc Quinn? ¿Acaso tiene una úlcera en el estómago, o le están saliendo granos en el culo, o tiene lombrices…? ¡A ver, explíqueme qué demonios le pasa para que siempre esté con esa cara de vinagre y esa pose de matón de feria! ¡Porque si se ha creído que le voy a soportar siempre todo lo que se le ocurra, sólo porque estoy enamorada de usted, váyase al infierno…! ¡Oh, maldita sea!

Alejandrina dio la vuelta y salió corriendo de la cabina de mandos, dejando estupefacto a Keolo y sombrío a Mc Quinn, que tomó una de las botellas de whisky y bebió un trago.

—¡Caray! —exclamó por fin Keolo—. ¿Cómo te las arreglas para complicarte tanto la vida, Mc Quinn? Desde hace una semana no das una.

—Que se vaya al infierno.

—Pues esta vez me parece que no has dicho ninguna tontería… No sé por qué, pero a mí Paradise Village me parece un infierno. Bueno, quizá quieras ir a disculparte con la señorita Sanders.

—Según parece, tú también te has vuelto loco —dijo Mc Quinn—. Lo que voy a hacer con respecto a esa chiflada es no acercarme a ella nunca más.

* * *

Alejandrina abrió de pronto los ojos y vio el rostro de Mc Quinn inclinado sobre ella. Hubo una crispación en las facciones de Mc Quinn, que comenzó a erguirse. Alejandrina no se lo permitió. Se abrazó a su cuello rápidamente, obligándole a permanecer inclinado sobre el lecho.

—No seas tonto… —susurró—. No tienes por qué espiarme cuando estoy dormida. Puedes mirarme siempre todo lo que quieras. Y ni siquiera hace falta que digas nada… Simplemente, ven.

Retiró un brazo del cuello de Mc Quinn, y apartó la sábana con que se cubría. Estaba completamente desnuda. En el rostro de Mc Quinn hubo otro estremecimiento, otra crispación. La belleza del cuerpo de Alejandrina Sanders era tal, que se sintió sobrecogido. Ella le tomó una mano, y se la puso sobre un pecho, tibio y sólido. Mc Quinn sintió como un estallido de toda su sangre al percibir el grueso pezón en la palma de su mano.

—Sé que me amarás mucho —susurró dulcemente Alejandrina—, y que me llamarás cariñosamente Sandy, Sandy amada, amor de mi vida… Pero eso ya me lo dirás cuando tú quieras. Ahora, ven, Mc Quinn, y toma todo lo que es tuyo…

Mc Quinn asintió, tomó a la muchacha en brazos, y la sacó del lecho. Ella dio un gritito de gozo, y cuando su boca se acercaba a la de Mc Quinn, éste la depositó de pie en el suelo, y dijo:

—Vístase. La necesitamos arriba.

CAPÍTULO VI

CUANDO ALEJANDRINA salió a cubierta, apenas se distinguía un resplandor en el Este y se alegró de esto, pensando que así se notaría menos su turbación, el sofoco de su furia y, en general, su tormentosa expresión. ¡Decidirse a echarse en brazos de aquel golfo para que le dijera que se vistiese…!

Se reunió con Mc Quinn y Keolo en la cabina de mandos y, nada más mirarla a la negro-rojiza luz del amanecer, Keolo dijo:

—¡Caray! ¿Qué le pasa? ¡Está roja como flor de hibisco!

—Es que se enfadó porque la desperté —dijo Mc Quinn—. ¿Sabrá usted llevar esta bañera, señorita Sanders?

—Mejor que usted —replicó Alejandrina.

Keolo rompió a reír como si acabase de escuchar el mejor chiste de su vida, saliendo de la cabina a cubierta. Mc Quinn, imperturbable, señaló los mandos.

—¿Seguro que no necesita ninguna explicación?

—Es usted un cerdo —jadeó la muchacha—. Me quedé dormida pensando en usted, como todas las noches, y cuando despierto y me convenzo de que no es un sueño… ¡Cerdo! ¡Tiburón!

—¿Lo dejamos en león marino? —frunció el ceño Mc Quinn—. Mire, señorita Sanders, usted sabe perfectamente que una señorita no debe perder nunca sus buenos modales. Y no me refiero a los de antes, que aquéllos eran buenos, sino a los de ahora. Por favor, siga siendo una señorita.

—¡Te odio!

—De acuerdo. Pero escuche esto: navegaremos hasta un par de millas de la costa que tenemos justo enfrente, y allá, Keolo y yo nos

tiraremos al agua. Usted se acercará un poco más, como quien está dando un agradable paseo en yate contemplando la belleza de las islas Hawaii, y luego, paralela a la costa, seguirá hacia el Sur. Un poco más abajo, después de Mano Point, hay una pequeña localidad llamada Kaupulehu. Usted nos esperará allí, pero si una hora después del amanecer de mañana no nos hemos reunido con usted, vuelva a Honolulú y entréguele este sobre a la Policía. ¿Lo ha entendido?

Alejandrina asentía, pero de pronto exclamó:

—¡No pueden tirarse al agua a dos millas de la costa! ¡Hay tiburones!

—No, no hay.

—¡Sí hay!

—Bueno, en todo caso muy pequeños —Mc Quinn mostró una ridícula medida entre los dedos índice y pulgar de la mano izquierda, y dejó el sobre junto a los mandos—. Además, le tienen miedo a Keolo.

—¡Eso es absurdo!

—Escuche —se adelantó la barbilla Mc Quinn—, aquí el experto soy yo, ¿se entera? Usted es una muchachita que se está divirtiendo con su bonita aventura de ver peces de colores bajo el agua, de modo que ¡cierre la boca!

Y salió violentamente de la cabina de mandos, dejando éstos a disposición de Alejandrina. Aturdida, ésta se dedicó a aquéllos durante unos minutos, pero finalmente se reunió en cubierta con los dos hombres tras colocar el piloto automático. Ya casi era de día. Mc Quinn y Keolo estaban completamente desnudos, y cada uno de ellos estaba cerrando una bolsa de plástico que, a su vez, dentro tenía un saco con algo que parecía muy pesado.

—Por el amor de Dios —imploró Alejandrina—, ¿qué van a hacer?

—Me parece que ya está enterada —le sonrió Keolo—: vamos a recoger unas cuantas flores de hibisco. Y de paso, le vamos a dar en pleno hocico al holandés. Si todo nos sale bien, ¡no sabe la que le espera!

—Pe-pero ustedes… están trabajando para el holandés…

—No —movió la cabeza Keolo—. El tiburón le va a atacar ya.

—¿Qué… qué tiburón?

—Él —señaló Keolo a Mc Quinn—… ¿Usted sabe lo que hace un tiburón antes de atacar? Pues huele, mira y se prepara la ruta, aunque sea dando varios rodeos. Luego, cuando tiene la presa a tiro, se lanza como un obús a por ella. Lo siento por el holandés, pero él se lo buscó.

—Pe-pero…pero… ¡pero creí que todo estaba olvidado y que…!

—El holandés le quemó el barco a Mc Quinn. Y si usted, o él, o alguien, creen que Mc Quinn va a olvidar eso, son idiotas…, con perdón.

—Pe-pero…

—¡Cállate de una vez, maldita sea! —estalló Mc Quinn—. ¡Y vuelve a los mandos!

—Está puesto el piloto autom…

—¡El piloto leches! ¡Vuelve allá y prepárate para la maniobra que te indiqué! ¡Lárgate, mocosa rica!

La muchacha palideció, estuvo unos segundos como clavada a cubierta, y regresó a la cabina. Keolo miró a Mc Quinn, y murmuró:

—Quizá no vuelvas a verla.

Mc Quinn frunció el ceño. Luego, fue a la cabina de mandos, y desde la entrada dijo:

—Adiós, Sandy.

Ella volvió el rostro hacia él. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Mc Quinn… —suplicó—. ¡Por favor, Mc Quinn…!

—Adiós.

Un minuto más tarde, Keolo y Mc Quinn, desnudos y cada uno cargado con su paquete impermeabilizado, saltaban por estribor al mar. Si había tiburones cerca por fuerza tuvieron que captar con su fino oído el chapoteo de los dos cuerpos. Pero quizá sí que tuvieran miedo de Keolo…

Comenzaron a nadar, mientras el yate de Nolan seguía hacia la costa, paralelo a ellos por un instante, pero dejándolos atrás rápidamente.

—Quizá hemos saltado demasiado pronto —dijo Keolo.

—No. Deben tener prismáticos. Y quizá alguno de esos hombres esté subido a un cocotero mirando hacia el mar. Si están haciendo lo que creo, deben haber tomado toda clase de precauciones.

Poco después, vieron cómo el yate viraba y se dirigía hacia el Sur, paralelo a la costa. Keolo miró a Mc Quinn, pero ninguno de los dos dijo nada. Nadaban sin prisas y relajadamente. Keolo podía estar nadando de este modo todo un día si era necesario, y Mc Quinn, aunque menos, no se quedaría demasiado atrás.

* * *

La apetitosa Paradise apareció por detrás del hombre que, sentado

en una alta silla hecha de cañas, miraba con los prismáticos hacia el yate.

—¿Sigue acercándose, Korn?

Este apartó los prismáticos y bajó la mirada hacia Paradise.

—No. Está costeando hacia el Sur. Se aleja.

—Entonces no es el que estamos esperando. Sigue vigilando.

—¿No sería mejor que Harper y Wesley salieran con sus lanchas a cerrar la entrada de la ensenada?

—Claro que no. Lo que queremos es precisamente que entre.

—Pues éste no es, porque se aleja.

—Sigue atento.

Paradise se alejó del vigía de tierra, y se dirigió al bungalow en el que tenía su vivienda privada y lo que podría de nominarse conserjería del Paradise Village. Por primera vez desde que el holandés había tenido la buena idea de instalar aquel paraíso para gente con dinero y sin entrañas, estaba inquieta. Recordaba perfectamente los ojos de Mc Quinn, y de cuando en cuando se estremecía. Sí, era como haber visto los ojos de un tiburón. Paradise llevaba muchos años en las Hawaii, y había visto varios tiburones, la mayor parte de ellos muertos. Pero en los ojos de los que todavía llegaban vivos a tierra, negros, planos y quietos, había aprendido a tener miedo.

En el bungalow había dos hermosas muchachas polinesias, pechos al aire, encantadoras.

—¿Podemos ayudarte, Paradise? —se ofrecieron.

—Mientras Mc Quinn no aparezca no hay cuidado. Lo que tenéis que hacer, vosotras y las demás, es procurar que los clientes no se asusten. No les digáis nada a las demás, que todo siga como siempre.

—Pero algunos de los clientes ya han pedido su flor de hibisco…

—No es momento de eso. Entretenedlos como sea… Bueno, ya sabéis cómo.

Las dos muchachas salieron del bungalow, y se dirigieron hacia la playa, donde los clientes de Paradise Village estaban retozando con la pequeña legión de chicas con los pechos desnudos. Algunas se habían quitado la faldita, y tiraban de la mano de algunos hombres hacia los cocoteros…

Paradise efectuó una llamada por una pequeña radio colocada sobre la mesita.

—Kanoo, ¿todo está en orden?

—Todo, Paradise. Estamos vigilando bien toda la zona. Si se acerca alguna embarcación, aunque no sea directa a la ensenada, la veremos. No se preocupe. Todos estamos vigilando bien.

—De acuerdo… —suspiró Paradise; cerró la radio y recurrió entonces al teléfono, marcando un número de Honolulú—. Quiero hablar con el señor Van Voren.

—El señor Van Voren no está en casa. ¿Quién llama?

—Paradise.

—Tenemos un recado para usted del señor Van Voren: va para allá en helicóptero.

Paradise suspiró con alivio y colgó. Menos mal. No le habría hecho ninguna gracia ser ella la que tuviese que afrontar la situación, que a fin de cuentas no era culpa de ella. Había sido el holandés quien había contratado a Mc Quinn, ¿no? ¡Pues que él afrontase las consecuencias!

Aunque, por otra parte, quizá todo fuesen imaginaciones del holandés. La habla llamado al amanecer, hacia muy poco, advirtiéndole que estableciesen una vigilancia especial. Al parecer, un tipo llamado Nolan se había presentado en el «Thunder» antes del amanecer, bramando que Mc Quinn le había robado el barco, y que quería arrancarle el pellejo a tiras. Los del «Thunder» habían avisado al holandés del absurdo lío en que parecía haberse metido Mc Quinn, pero el holandés, mucho más listo que todos ellos, había obtenido otras conclusiones: nada de que Mc Quinn hubiese robado un barco, eso era una idiotez. Simplemente, Mc Quinn necesitaba un barco por unas horas o un par de días, y lo había tomado. ¿Y para qué podía querer Mc Quinn un barco si ya tenía el «Thunder»? Pues, para hacer algo de lo que no quería que se enterase el holandés…

—No creo que se atreva a venir aquí —dijo en voz alta Paradise.

* * *

A unos quinientos metros del bungalow de Paradise, costa arriba, Keolo y Mc Quinn alcanzaban finalmente la playa, salían de ésta corriendo, y se metían entre los cocoteros. Hacia el Sudeste, en el interior de la isla, por entre el verdor intenso, se veía la cúspide del Hualalai, a casi dos mil quinientos metros de altitud. En alguna parte clamaba un ave, que Keolo identificó enseguida: era un nene. Imitó su canto y por entre la espesura, el nene le contestó. Mc Quinn imitó también al ave símbolo del estado de Hawaii, y recibió asimismo respuesta. Los dos amigos se echaron a reír quedamente, mientras procedían a vestirse con las ropas que sacaron de sus paquetes

impermeables.

Pero no sólo había en los paquetes su ropa, sino también armas. En total, dos pistolas, un rifle, un machete, y cinco granadas de mano. Era todo lo que Keolo había conseguido reunir mendigando entre sus amistades. A Mc Quinn no le habrían prestado ni un tirachinas.

Ya vestidos, se repartieron el armamento. Una pistola para cada uno, el rifle para Mc Quinn, el machete para Keolo, tres granadas para Mc Quinn y dos para Keolo.

—Recuerda —dijo Mc Quinn—: tenemos que dejar a nuestra espalda el poblado y buscar hacia el interior un túnel.

—¿Estás seguro de que hay un túnel?

—Una de aquellas furcias lo mencionó. Y no me sorprende. Deben tener un buen escondrijo para las flores de hibisco.

—Pues vaya una mierda de escondrijo, un túnel —farfulló Keolo—, No parece que haya de ser nada divertido estar en un túnel. Y esos cerdos vienen a divertirse, ¿no?

—Busquemos el túnel, de momento.

Caminando por entre la espesura se dirigieron hacia Village Paradise, siempre a no menos de cien metros de la playa, que quedaba a su derecha. El sol ya estaba alto. De cuando en cuando un nene emitía su voz, y Keolo, que parecía encantado de la vida, le contestaba, hasta que Mc Quinn gruñó:

—Cierra la maldita boca, polinesio.

Keolo se echó a reír.

Y justo en ese momento aparecieron los dos hombres frente a ellos, apartando la vegetación con sus rifles y apuntándoles rápidamente. Mc Quinn y Keolo quedaron petrificados por la sorpresa.

—Alzad los brazos —ordenó uno de los hombres; y sin mirar a su compañero, añadió—: avisa a Kanoo, dile que los tenemos, que son dos, no solamente Mc Quinn.

Mc Quinn había quedado con la mente en blanco. Habían ido allá a darles una buena sorpresa a aquella gente, y la sorpresa se la habían llevado ellos. Era la cosa más idiota que le había ocurrido en su vida.

El hombre que llevaba la «walky-talky» se dispuso a utilizarla, sosteniendo el rifle con una mano. En el momento en que la acercaba a su rostro volvió a oírse la llamada del nene, y el otro sujeto movió apenas la cabeza en aquella dirección. Fue apenas un gesto, del que ni siquiera tuvo tiempo de arrepentirse; estaba apuntando a Mc Quinn, pero captó el movimiento de Keolo y movió el rifle hacia él.

Pareció talmente que existía una comunicación telepática entre Mc Quinn y Keolo. El primero disparó con la pistola contra el hombre que desviaba su arma hacia Keolo, y éste lanzó el machete contra el del «walky-talky» en el momento en que se disponía a disparar contra Mc Quinn.

Murieron prácticamente al mismo tiempo. El primero recibió en pleno pecho la bala disparada por Mc Quinn, y saltó hacia atrás emitiendo un breve grito de agonía. El del «walky-talky» vio el centelleo del acero y oyó el silbido cortando el aire, pero no pudo hacer más que asustarse al comprender su error. El machete de Keolo se hundió en su garganta y lo derribó brutalmente, lanzando un chorro de sangre por la boca.

En alguna parte, lejos, por entre la espesura, se oyó el grito de advertencia de un hombre. Mc Quinn y Keolo se miraron, y el segundo, en silencio, señaló hacia la espesura, más tierra adentro…, donde el nene, asustado por el disparo, había dejado de emitir su canto.

—Maldita sea —jadeó Mc Quinn, mientras recogía el «walky-talky»—, ¡nos ha salvado la vida un pato!

—El nene no es exactamente un pato. Claro que su…

—¡Calla y corre!

Se metieron espesura adentro, alejándose más de la playa. Cerca del lugar de la breve pelea, se oían ahora varias voces de hombre y rumor de vegetación. Muy pronto oyeron los gritos y comprendieron que los vigilantes habían encontrado los cadáveres de sus dos compañeros.

Durante quince minutos Keolo y Mc Quinn estuvieron corriendo tierra adentro, hasta que Mc Quinn, de pronto, se detuvo. Keolo hizo lo mismo, y ambos escucharon atentamente. No se oía nada a su alrededor. Ambos sabían que si continuaban en aquella dirección llegarían a la carretera 19, relativamente cerca de la pequeña localidad de Puuanahulu, al pie del Puu Waawaa, y posiblemente incluso verían algún que otro automóvil o autocar de turistas de los que dan la vuelta a la isla…, pero parecía que estuviesen en una intrincada y perdida jungla de tiempos remotos.

—Si seguimos en esa dirección no vamos a conseguir nada —dijo malhumorado Mc Quinn.

—Pues volvamos hacia Paradise Village. Puede que nos crucemos con ellos, pero nosotros lo sabremos y ellos no: hacen demasiado ruido.

—Nosotros también hacemos ruido —gruñó Mc Quinn.,

—Tú haces ruido —puntualizó Keolo.

—¡Está bien, ya procuraré no hacer ruido, pero tenemos que volver! Espera, se me está ocurriendo una idea…

—Oh, no —gimió Keolo.

Mc Quinn lanzó unas cuantas maldiciones, y acto seguido apretó el botón del «walky-talky», y dijo, con voz susurrante y excitada:

—Venid todos hacia Puuanahulu, ¡pronto! los hemos visto esconderse.

—¿Quién eres? —sonó la pregunta.

—Mierda —jadeó Mc Quinn—, ¡venid!

Y cerró el contacto.

CAPÍTULO VII

PARADISE recibió por la radio la noticia de que estaban acorralando a Mc Quinn, que al parecer no iba solo. Esto preocupó muchísimo a la hermosa jamona, que insistió en que debían ser capturados o muertos rápidamente, pero que no fuesen todos hacia la carretera 19 por si alguno de los amigos de Mc Quinn se acercaba a Paradise Village, donde sólo habían quedado Korn y los hombres de dos de las lanchas, que estaban vigilando, navegando por la ensenada, la posible aparición de alguien más.

Después de estas disposiciones estratégicas, Paradise efectuó contacto con la radio del helicóptero en el que viajaba el holandés acercándose rápidamente a Hawaii, e informó de la situación. El propio Van Voren le contestó. Era evidente que, por el motivo que fuese, Mc Quinn no había avisado a la policía y cabía pensar que no pensaba hacerlo en ningún momento. Así pues, los hombres que le acompañaban debían ser amigotes suyos que estaban dispuestos a ayudarle para vengarse del holandés, y obtener un provecho propio exclusivamente. De modo que, puesto que la Policía no intervenía, Paradise debía mantenerse tranquila y vigilante, y muy pronto, cuando Van Voren llegase, tomaría el mando directamente sobre el terreno.

Más tranquila, Paradise abandonó su bungalow. En la playa, como si nada sucediese, varias chicas retozaban con los clientes. Uno de éstos vio a Paradise, y corrió hacia ella.

—Hey —dijo sonriendo—, todo esto está muy bien, pero nosotros hemos venido por las flores de hibisco, ¿recuerda? Chicas como éstas las tenemos a montones en cualquier parte, de modo que si venimos aquí…

—Señor Welldon —sonrió Paradise—, tenga un poco más de paciencia mientras terminamos de preparar la fiesta, y ya verá que todo

habrá valido la pena.

—Ah… Ah, bien, ¡estupendo! —sonrió el maduro cliente.

Regresó con ridículo trotecillo hacia el grupo de complacientes jóvenes, mientras Paradise se dirigía hacia la alta silla de vigilancia de Korn, metida entre la espesura, para poder observar con los prismáticos la ensenada sin que desde ésta le vieran a él.

Cuando llegó al lugar, vio de espaldas a Korn sentado en su alta silla, con la cabeza caída sobre el pecho como si se hubiera dormido. Irritadísima, Paradise se plantó ante él.

—¡Korn, estamos en una situación que…!

Se calló de golpe y sus desorbitados ojos quedaron fijos en el manchurrón de sangre que había en el pecho de Korn. Como en sueños, oyó en alguna parte la voz de Mc Quinn:

—Tú, tía buena, ven para aquí… ¡Y en silencio!

La mirada de Paradise se desplazó en busca de Mc Quinn, que apareció entre unos arbustos armado de un rifle y cargado con toda una serie de pertrechos. El rifle apuntaba al pecho de Paradise, que se apresuró a obedecer la orden. Cuando estaba cerca de Mc Quinn, éste la tomó de un brazo, y la metió entre la espesura, donde Paradise vio al gigantesco Keolo mirándola socarronamente, para continuar acto seguido limpiando su ensangrentado machete con algunas hierbas.

—Escúcheme bien, cerdita —dijo Mc Quinn—, queremos ir a donde están las flores de hibisco, de modo que vas a conducirnos hacia la entrada de ese túnel. ¿Has comprendido?

El aturdimiento de Paradise iba creciendo. Comprendía que, valiéndose de alguna artimaña, Mc Quinn había engañado a los hombres que vigilaban Paradise Village…, pero recordó que ella había ordenado que algunos regresaran al poblado, y decidió que debía entretener allí a Mc Quinn todo el tiempo posible.

—La entrada al túnel está bastante lejos… —murmuró—.Siempre vamos allá utilizando los Land Rover que tenemos escondidos en la parte de atrás del poblado.

—Pues vamos en busca de uno de esos Land Rover. ¡Muévete!

—Es que… tengo las llaves en mi bungalow.

—Vamos allá. Y escucha una cosa: si intentas algo peligroso para nosotros considérate muerta. ¿De acuerdo?

Paradise asintió. Miró un momento de reojo hacia la ensenada, donde las dos lanchas seguían dando vueltas lentamente. No era en absoluto probable que se diesen cuenta de lo que estaba sucediendo en

tierra firme. Su única esperanza estaba en aquellos cuantos hombres que debían estar regresando hacia el poblado de las grandes diversiones…

—Vamos, camina —gruñó Mc Quinn, empujándola.

Llegaron al bungalow sin novedad. De cuando en cuando se oían las risas de las muchachas en la playa, eso era todo. Parecía, talmente, que estuvieran en un paraíso privado.

Paradise se movía lentamente, temiendo de un momento a otro las brusquedades de Mc Quinn dándole prisa. Al no producirse, lo miró. Mc Quinn estaba inmóvil, mirando lentamente todas las instalaciones del bungalow. De pronto, miró a Keolo.

—Echa un vistazo por ahí dentro, Keolo. Yo veré qué encontramos de interesante por aquí.

Paradise palideció al darse cuenta de su error, su tremendo error al llevar allí a un hombre como Mc Quinn, que podía ser todo lo golfo y sinvergüenza que se quisiera, pero que no tenía nada de vulgar. Y en el acto comprendió su segunda equivocación, aunque ésta había sido inevitable: la de palidecer, pues Mc Quinn la miraba ahora escrutadoramente.

—¿Por qué estás tan asustada? —susurró Mc Quinn—, No te gusta haberme traído aquí, ¿verdad? ¿Por qué? ¿Qué hay aquí?

—Nada… Nada. Ya tengo las llaves, podemos…

—Tranquila —la miraba fijamente Mc Quinn con sus ojos más parecidos que nunca a los de un tiburón—. Tranquila, guapa. Vamos a ver qué encuentra Keolo por ahí dentro. No te muevas de donde estás y permanece callada.

Keolo apareció a los pocos segundos.

—Debe ser la vivienda de ella —señaló con el machete a Paradise—. No he visto nada especial, Mc Quinn.

—Bueno, entonces lo especial tiene que estar aquí, en esta especie de… conserjería y despacho. La radio no es, porque está muy a la vista y a nadie le sorprende ver una emisora de radioaficionado, por ejemplo. No, la radio no es… ¿Qué es, Paradise?

—No hay nada aquí… ¡Nada!

De nuevo miró Mc Quinn alrededor. Un despacho-conserjería, y ya está. Normal, en un poblado de vacaciones tipo motel. Normal. Mesas, teléfono, ficheros, máquina de escribir… Ficheros. En aquel momento, desde la playa, volvieron a llegar risas y voces y acto seguido, música de un par de ukeleles. Mc Quinn se acercó a una de las ventanas

observado ansiosamente por Paradise y con cierta perplejidad por Keolo.

De pronto, Mc Quinn se volvió a mirar de nuevo a Paradise.

—El fichero… —susurró—. Quiero el fichero de vuestros clientes.

—No… ¡No!

—De modo que es eso, zorra… ¡Claro! —Mc Quinn se acercó a los ficheros, y comenzó a abrir gavetas—. Caramba, qué ficheros tan raros, querida. Veamos qué tenemos aquí… Revistas, libros, un sujetador que no es tuyo, pues no es de vaca, periódicos… O sea, que esto no son ficheros más que por fuera. Sin embargo, debéis tener un fichero de vuestros clientes, ¿no es cierto? Lo quiero, Paradise.

—No… no tenemos ningún fich…

Respingó atragantándose cuando Keolo le puso la punta del pavoroso machete bajo la barbilla, apretando en la garganta.

—Escuche —dijo Keolo—, no me siento a gusto aquí dentro, quiero salir enseguida a terreno despejado. Y como Mc Quinn se ha empeñado en quedarse hasta tener ese fichero, déselo o la corto la cabeza. Ahora.

Las piernas de Paradise comenzaron a temblar, y Mc Quinn se dio perfecta cuenta de ello.

—Claro que no, Keolo —dijo amablemente—. No le vamos a cortar la cabeza. ¿Sabes qué vamos a hacer con ella? Pues, nos la vamos a tirar los dos. Sí, hombre, tenemos tiempo, y además sería lo peor que podríamos hacerle a Paradise. ¿Y sabes por qué? Pues porque la muy guarra es lesbiana, ahora comprendo… Y mira su cara: la he asustado yo más con mis palabras que tú con tu machete.

—Parece que sí —sonrió Keolo—. ¿Quién lo hace primero?

—Tú —Mc Quinn sonrió diabólicamente—. Se enterará mucho mejor, porque además presumo que es virgen de hombres. Empieza.

Keolo sonrió como si, en efecto, se dispusiera a hacerlo, cosa que le repugnaba. Pero esto no lo sabía Paradise, que retrocedió pálida como un cadáver cuando aquella enormidad de hombre avanzó hacia ella, agarró el borde del sarong y lo arrancó de un tirón, dejándola completamente desnuda. Keolo rio, dejó el machete y bajó la cremallera de su pantalón…

—¡No! —aulló Paradise—. ¡No, no, no! ¡Mc Quinn, no, te daré el fichero, te lo daré…!

—Ya —dijo Mc Quinn.

—Lo tengo… escondido en mi dormitorio.

Mc Quinn se acercó a ella, la agarró por los cabellos y la arrastró

hacia el dormitorio.

—Tienes cinco segundos. Si nos haces esperar más, prepárate para convertirte en mujer.

Sollozando, temblando, Paradise se dejó caer de rodillas. Pero cuando Mc Quinn fruncía el ceño esperando alguna absurda escena suplicante, la mujer apretó en una tabla del piso, que se alzó, dejando al descubierto un pequeño hueco en el que había una pequeña caja metálica, una de esas diminutas cajitas de caudales portátiles con cierre.

—¿Eso es un fichero? —gruñó.

—Está… todas las fichas están… en microfotos… Todo está aquí: nombres, direcciones, cargos de los clientes… Todo. ¡El holandés me matará por habértelo dado!

Mc Quinn se limitó a fruncir el ceño. Paradise le tendió la caja metálica, y Mc Quinn, de momento, no supo qué hacer con ella. Por fin, se desabrochó el cinturón, lo pasó por la pequeña asa de la caja, y se lo abrochó de nuevo, dejándola colgada de su cintura.

—Vamos a por ese Land Rover —ordenó.

Cuando salieron del bungalow la fiesta proseguía en la playa, si bien un par de hombres caminaban hacia el interior llevando abrazadas por la cintura a sendas muchachas desnudas pero con un collar de flores al cuello. Caminaron rápidamente por entre los restantes bungalows, en dirección al interior de la isla. Al pasar cerca de uno de los bungalows, vieron por una ventana a dos muchachas desnudas, riendo y bailando, mientras un sujeto gordinflón las contemplaba con expresión lúbrica, tendido en la cama…

Por fin llegaron a donde estaban los Land Rover. Había cuatro, y Paradise se dirigió hacia uno de ellos. A una seña de Mc Quinn comprendió que éste deseaba que condujera ella misma, y se sentó ante el volante. Keolo se sentó atrás y Mc Quinn junto a Paradise, que arrancó.

—¿Adónde conduce el túnel?

—Al interior de un pequeño volcán extinto, cerca del Puu Waawaa. Se ve desde aquí —señaló Paradise.

Mc Quinn miró hacia el lugar señalado. Al fondo destacaba la altura de más de mil metros del Puu, que tenía en su falda otro cono más pequeño, sin duda un volcán secundario fruto de las mismas entrañas que tiempo atrás reventaron en aquel lugar.

—¿Y por qué demonios tenéis a las niñas ahí dentro? ¿Por qué no las tenéis al aire libre, al menos? Esas pobres criaturas…

—Están al aire libre. El túnel natural casi llevaba al cráter y el holandés mandó perforar el resto, hasta llegar al fondo del cráter, donde tenemos… otro poblado. Es un lugar… muy hermoso. Aquél sí que es un verdadero paraíso, no el de aquí fuera. ¿Quién te ha dicho lo de las niñas? Porque sé que el holandés no ha sido, ni ninguno de sus hombres… ¿Abriste alguna de las cajas?

—Exacto. Maldita sea, yo me tenía por un sinvergüenza, pero comparada con vosotros soy un ángel. ¿Cómo funciona exactamente eso de las niñas a las que llamáis flores de hibisco? ¿Y por qué las llamáis así?

—Bueno, las llamamos así como una especie de… de nombre clave. Las ofrecemos con el nombre de flores de hibisco para que nunca haya algún fallo en las llamadas telefónicas y cualquier otro tipo de comunicación con los clientes. Les… les decimos que tenemos nuevas flores de hibisco, y ellos… ellos entienden, y nos avisan su llegada. Mientras las preparamos, pues… se entretienen con las otras chicas, las que vienen voluntariamente, muy bien pagadas, pues es la parte digamos visible de Paradise Village…

—Pero en realidad, esos criminales vienen por las flores de hibisco, ¿no es así?

—Sí… Sí.

—No me digas lo que hacen con ellas… —palideció Mc Quinn—. ¡Maldita seas, no me lo digas!

—No es culpa nuestra que a algunos hombres maduros les guste… disfrutar con…

—¡Cierra tu asquerosa boca! —aulló Mc Quinn.

—Mc Quinn —suplicó Keolo, detrás de él—, ¿me dejas que le corte el cuello a esta criminal? ¡Por favor, Mc Quinn!

—¡Os estoy ayudando! —chilló Paradise, viendo pasar ante sus ojos el machete de Keolo—. ¡Os estoy ayudando en todo, estoy de vuestra parte…!

—Si vuelves a decir eso, te mato yo mismo —gritó Mc Quinn—. ¡Tú no estás de nuestra parte, tú eres un monstruo asqueroso y pervertido! ¿Crees que no he comprendido que a ti también te gustan las flores de hibisco? ¡Por eso estás aquí, por eso estás secundando al holandés y lo diriges todo! ¡No sólo ganas dinero, sino que… que tus asquerosos instintos…! ¡Puerca! Y como vuelvas a decir que no es culpa vuestra que esos hombres vengan aquí… ¿De dónde sacáis las niñas, y cómo?

—La… mayoría las compramos o secuestramos en el Sur de Asia, pe-

pero también tenemos… flores de aquí, auténticas flores de hibisco. Las llamamos a todas igual porque… porque las… las ofrecemos en Hawaii… ¡La mayor parte de ellas las compramos, las madres las venden!

—Por el amor de Dios —jadeó Mc Quinn, que hacía años y años que no se acordaba de Dios—. ¡Por el amor de Dios! Esas niñas… ¿Hasta qué edad os parecen adecuadas, o desde qué edad?

—Bueno, lo… lo corriente en entre… entre seis y ocho años…

E1 rostro de Mc Quinn estaba demudado. Keolo parecía a punto de vomitar, se encontraba franca y realmente mal. El Land Rover circulaba ahora por un sendero flanqueado de arbustos y flores muy apretados. No debían estar a más de un kilómetro del pequeño cráter, que parecía rojo, como el Puu, a no menos de tres kilómetros.

—Lo corriente —dijo Mc Quinn, como mordiendo algo durísimo—. ¿A eso llamas tú lo corriente? Pero está bien, cada luna nueva o noches con nubes, previstas por el servicio meteorológico, viene ese carguero, u otro, con… flores de hibisco. ¿Quién más hay en este negocio, aparte del holandés y tú?

—No, nadie más… ¡Nadie más, sólo nosotros! Al principio hubo un par de grupos que descubrieron nuestro negocio, pero el holandés los quitó de en medio.

—Ya. No quería competencia, ¿verdad? ¿Cuántas flores de hibisco habéis… vendido? ¿Cien? ¿Quinientas?

—Creo… que algunas más.

—Está bien. No sé cómo, pero las sacaré de ahí… ¡Maldita sea, no me importa lo que me pase a mí, pero voy a sacar a esas niñas de esa cárcel de bestias inmundas! ¿Cuántas calculas que debe haber ahora?

—No sé… No sé exactamente…

—¿Mil?

—No. No cabrían… En realidad, sólo caben unas… unas sesenta.

—¿Sesenta? ¿Y dónde metéis las restantes? Espera, no me lo digas —Mc Quinn estaba horrorosamente pálido—. ¡No me lo digas! Ojalá me esté equivocando ahora, y antes, cuando decidí venir solo con Keolo. Quise venir solo porque temí que si venía con la Policía os dierais cuenta enseguida y pudierais esconderlas, pero me estoy temiendo algo mucho peor… ¿Dónde están las que exceden de sesenta?

Paradise no contestó. Si Mc Quinn estaba pálido, ella estaba lívida, con el color de la muerte. Incluso Keolo, que estaba aterrado y aturdido, tuvo que comprender el significado de aquel silencio.

—Las matan… —dijo—. ¡Mc Quinn, las matan, las matan…!

—¡Contesta! —gritó Mc Quinn, golpeando en un hombro a Paradise, haciendo brincar sus grandes pechos desnudos—, ¡Dime qué hacéis con esas niñas, dime dónde están…!

—¡Están muertas, están muertas! —chilló Paradise—, ¡Las incineramos cuando ya… ya han sido… utilizadas muchas veces! ¡Las incineramos en un horno que tenemos en el poblado interior!

Keolo lanzó un grito espeluznante, como de loco. En su imaginación estaban sus cuatro hijas mayores, la menor de cinco años, pequeñas, delicadas flores de hibisco, como debían ser las niñas traídas de Asia o cualquier niña de cualquier parte del mundo. El machete de Keolo se alzó, y Mc Quinn captó el gesto, pero no pudo hacer nada. Cuando el machete descendió, él apenas había comenzado a moverse.

El acero chascó contra la cabeza de Paradise, que crujió talmente como un coco, abriéndose. Pareció que el ojo derecho fuese a saltar de su cuenca, y el resto del espectáculo no fue menos horripilante. Las salpicaduras alcanzaron a Mc Quinn, que gritó de asco y rabia.

Y justo entonces, falto dirección, el Land Rover se salió del sendero, arrancó unos cuantos arbustos, pasó rozando un grueso árbol, arrugándose y arrancando corteza y pulpa, y cayó de costado, lanzando a Keolo por el aire y casi atrapando debajo a Mc Quinn, que acertó a saltar en el último instante. Cuando se puso en pie, el Land Rover había terminado de dar la vuelta y estaba ruedas arriba. Un poco más allá, Keolo se ponía en pie buscando su machete, que encontró enseguida.

Su todavía enloquecida mirada buscó a Paradise, que yacía a un par de metros del vehículo, con la cabeza partida, un ojo colgando, con salpicaduras de sangre por todo el cuerpo. Keolo corrió hacia ella, alzando de nuevo el machete; pero se quedó con éste en alto, contemplando el cadáver del bello monstruo.

—La tendría… que hacer pedazos —jadeó—. ¡Tendría que partirla en mil pedazos, y quemarlos, y…!

Mc Quinn le hizo un gesto, y Keolo calló. Enseguida, oyó el zumbido de los motores de los otros tres Land Rover, acercándose. Mc Quinn lanzó una maldición, y señaló hacia el pequeño cono volcánico.

—Ya no vamos a poder encontrar el túnel —gruñó—, pero tenemos que entrar ahí dentro como sea, Keolo. ¡Tenemos que entrar y acabar con todos esos criminales!

—Ve tú —dijo Keolo—. Yo detendré a esos que vienen.

Mc Quinn vaciló. Si venían los tres Land Rover, significaba que se

acercaban no menos de media docena de hombres, seguramente. Demasiados para Keolo…

De pronto, apareció el primer Land Rover por el sendero. Lo vieron por entre los arbustos. Había tres hombres en él, todos armados de rifles. El que conducía detuvo el vehículo al verlos, empuñando su rifle y empezando a gritar:

—¡Ahí est…!

Su voz de aviso convirtió en grito de alarma, de espanto finalmente cuando, en un instante, comprendió que era lo que Mc Quinn acababa de lanzar contra ellos. Vio llegar la granada, que pasó rozando su cabeza y cayó junto a su asiento, en el momento en que los otros dos hombres localizaban también a Mc Quinn y Keolo.

El estampido quedó ahogado entre la vegetación. El Land Rover saltó, despidiendo a los tres hombres como muñecos cubiertos de harapos, retorcidos, envueltos en fuego y humo. El depósito también explotó…, mientras Keolo y Mc Quinn se alejaban corriendo todo cuanto podían y, detrás del Land Rover destrozado, se detenían los otros dos, y cinco hombres, demudados los rostros, saltaban a tierra.

—¡Cuidado! —gritó uno de ellos—, ¡Debe tener más granadas! ¡Red, llama a Kanoo, dile que están aquí, no hacia la carretera! ¡Vosotros tres, cubrid ese lado y la entrada del túnel, que no entren en él…!

Todavía dijo más cosas, siempre excitadísimo, pero ni Keolo ni Mc Quinn podían oírlo porque estaban ya bastante lejos. Por entre la espesura, veían cada vez más cerca el pelado cono volcánico que había sido convertido en jarrón para tiernas flores de hibisco. Los dos jadeaban fuertemente y tenían los ojos muy abiertos.

—No vamos a poder entrar por el túnel aunque lo encontremos —dijo Keolo—. Sigue tú, Mc Quinn. ¡No me mires así, ni digas nada, quiero que saques de ahí a esas niñas!

—De acuerdo —asintió Mc Quinn, aspirando hondo… Buena suerte, Keolo.

—Mc Quinn: sácalas de ahí… ¡Por favor, sácalas de ahí y mata al holandés, por favor!

Mc Quinn asintió, hizo un gesto de despedida, y continuó corriendo hacia el volcán. Tenía que correr mucho, pues de lo contrario, si no interponía mucha distancia entre él y aquellos hombres, lo verían y con sus rifles podrían dispararle cómodamente en cuanto estuviera en la desolada ladera volcánica.

Sabía que lo conseguiría. No sólo por sus propios méritos, sino por la

ayuda que le estaba prestando Keolo. No les sería fácil a aquellos hombres pasar sin el permiso de Keolo.

Comenzó a oír disparos y, al poco, el estampido de una de las granadas de Keolo. Sólo le quedaba una. Era de esperar que supiera conservarla para un momento de verdadero apuro…

Estaba ya subiendo la ladera del volcán. Sudaba a chorros, pero no por el relativo calor de la temprana hora, sino por el tremendo esfuerzo físico que estaba realizando. Ante él, arriba, la boca del pequeño volcán extinto hacia tiempo y tiempo le parecía tan inalcanzable como las nubes.

Ahora ya no oía nada tres él. Keolo no había gastado su segunda y última granada; la habría oído. Pero no se oía nada, ni disparos siquiera, nada. Y como metido en una bolsa de fuego y silencio, escocidos los ojos por el sudor que entraba en ellos, sintiéndose empapado, dando resbalones continuamente, golpeándose y arañándose en todas partes, cargado con la caja, las granadas, la pistola, el rifle…, Mc Quinn seguía subiendo, subiendo, subiendo…

Debía estar a menos de treinta metros de la boca del cráter, cuando comenzó a oír el rumor del helicóptero acercándose.

CAPÍTULO VIII

MC QUINN se volvió, crispado el rostro. De momento sólo vio la alfombra de verdor que desde el pie de la montaña se extendía hacia el mar, y el refulgente tono azul de éste. Pero de pronto, el sol se quebró en miles de destellos sobre la superficie metálica.

Como un enorme abejorro zumbando furiosamente, el helicóptero volaba en línea recta hacia Mc Quinn, que se pasó una mano por los ojos para limpiar el sudor. El sol destellaba como furiosamente sobre el aparato…, y también lo hizo sobre el cañón de un rifle.

Como en una imagen de pesadilla sicodélica, Mc Quinn acertó a ver a los tres hombres del helicóptero. Uno de ellos a los mandos, otro a su lado, el tercero detrás del segundo, asomándose por la abierta portezuela y apuntándole con el rifle, que tenía mira telescópica…

¡El rifle!

Mc Quinn saltó hacia un lado en el momento en que sonaba el estampido del disparo. La bala dio en una roca volcánica, y rebotó con agudo sonido vibrante, arrancando unas diminutas chispas. Mc Quinn perdió el equilibrio, y rodó tres o cuatro metros ladera abajo. El helicóptero le pasó por encima, pero giró inmediatamente y se colocó de modo que el sujeto del rifle lo tuviera a tiro.

¡Pack!, restalló el segundo disparo. Mc Quinn tuvo la sensación de que una serpiente pasaba silbando junto a su cabeza, y se dejó caer de rodillas. Fue más suerte que instinto: la tercera bala le habría volado la cabeza si hubiera permanecido de pie. El helicóptero estaba ahora suspendido, ya no pasaba sobre él, sino que mantenía la distancia.

Mc Quinn echó a correr lateralmente por la ladera, perseguido por otras dos balas, una de las cuales rebotó en la caja metálica que le habían quitado a Paradise, empujándola con tal fuerza que casi derribó

al fugitivo, cuyo contraído rostro estaba vuelto hacia el helicóptero…, desde el cual disparaban ahora dos hombres, no uno solo.

Mc Quinn sentía como si tuviese clavada una lanza en la base del cuello y otra en el costado. Sabía lo que esto significaba: estaba perdiendo el resuello, no podía respirar. Dentro de pocos segundos tendría que detenerse sin remisión, o podía incluso morir de un colapso. Jamás en su vida se había encontrado tan falto de aire, tan al borde de la pérdida total del aliento…

¡Pack, pack!, restallaron casi juntos los dos siguientes disparos. Una de las balas despeinó a Mc Quinn y la otra mordió su muslo derecho pasando rabiosamente sobre la carne, quemándola, abriendo un limpio surco en el pantalón. La pierna le falló a Mc Quinn, que cayó de rodillas y luego de costado, iniciando de nuevo la caída rodando por la pendiente. Le detuvo una grieta de superficie tan fina que parecía de cristal.

Una grieta que era talmente como una cuchillada en la tierra roja y dura, y que se extendía desde un poco más abajo del lugar en el que había caído, hasta la boca del pequeño volcán. Por un instante, metido allí, quedó oculto a las miradas de los hombres del helicóptero y, por fortuna, igualmente protegido de los disparos. Hasta el punto de que el helicóptero se desplazó de nuevo, para colocarlo a tiro…, mientras Mc Quinn subía a gatas por la grieta, hacia la cumbre.

El helicóptero pasó. El piloto debía estar desconcertado por haberlo perdido de vista, pero evidentemente, lo vio al pasar, porque pocos metros más allá volvió a girar.

Mc Quinn se sentía morir.

Y morir por morir…

Se detuvo, se sentó, preparó el rifle y apuntó hacia el borde de la grieta. El helicóptero apareció enseguida, lanzando destellos, ahora más bajo, posiblemente a menos de veinte metros de él.

Mc Quinn disparó.

Una sola vez. Y el helicóptero estalló. Convertido en el acto en un torbellino de fuego, efectuó otra explosión que, como la primera, envió una oleada de calor al rostro de Mc Quinn. Acto seguido, como un alucinante espectáculo de circo en el que se juega con la muerte, emprendió el descenso. Mc Quinn contemplaba atónito cómo la gran hélice seguía girando, dejando tras ella una cola de negro humo.

De pronto, la hélice se detuvo. Así, de pronto. Por un momento, pareció que la bola de fuego y metal retorcido fuese a quedar

suspendida en el aire. Luego, cayó a plomo, en silencio.

Unos pocos segundos más tarde, Mc Quinn oyó el fragor del aparato estrellándose al pie del cono volcánico. Y luego, el silencio total.

Un silencio paradisíaco.

Mc Quinn estuvo más de un minuto sentado allí, con el rifle en las manos, recuperando el aliento. Por fin volvió la cabeza, vio la boca del cráter a menos de quince metros y reanudó lentamente la ascensión. Tenía la sensación de hallarse solo en el mundo.

Cuando llegó arriba y se asomó al interior del cráter, no vio nada más que lava, de momento. Luego, vio la gran red de color tierra que ocupaba toda la extensión del cráter y, por entre ésta, como manchada de luz dorada, la vegetación.

—No puede ser —jadeó.

Cuidadosamente, descendió hasta la red, arrancó parte de ella, y pasó debajo. Cuando hubo descendido otros veinte metros, la luz era dorada, difusa, como un bellísimo resplandor. Abajo vio la pequeña laguna y, pegadas a los costados del agujero, algunas cabañas de color lava. Mc Quinn no conseguía salir de su asombro. Miró hacia arriba, y vio el cielo, azul nítido, como a través de una celosía.

Y de pronto, todavía a más de setenta metros del fondo, vio a las dos muchachas. Muchachas, no niñas. Iban caminando hacia la laguna, y la risa de una de ellas ascendió hasta el sinvergüenza de Mc Quinn.

Luego, acertó a divisar un grupo de niñas sentadas junto a la laguna. Las dos muchachas llegaron junto a ellas y les dijeron algo. Al parecer, las niñas no entendían. De una de las cabañas salieron algunas niñas más, acompañadas por una mujerona enorme, redonda, que llevaba un gran collar de flores al cuello.

Entre el cielo y la tierra, aquella pequeña porción de tierra escondida, Mc Quinn veía y no creía. ¿Era posible que nadie hubiera visto nunca aquello desde un helicóptero? ¿Tan eficaz resultaba la red como camuflaje?

Reanudó lentamente el descenso, mirando a todas partes. Aparecían más hermosas muchachas llevando niñas de la mano, sentándose junto a la laguna o junto a arbustos de flores, les hablaban… Las muchachas hacían gestos, y luego las niñas las imitaban torpemente.

Y de pronto, Mc Quinn comprendió: les estaban dando «clases» de comportamiento. ¡Estaban enseñando a unas niñas a moverse ante los hombres…!

Sintió tal furia que la cabeza le dio vueltas, la vista se le nubló. De

abajo llegaban risas de las muchachas encargadas de instruir a las flores de hibisco. La mujerona gorda iba de un lado a otro, dando instrucciones, evidentemente. Mc Quinn seguía descendiendo, en diagonal, efectuando una espiral para mayor seguridad, aunque no estaba resultando en absoluto difícil el descenso.

Vio la boca del túnel. Y en éste, junto a la entrada, un Land Rover. Luego, lentamente, la mirada de tiburón se fue desplazando recorriendo todo el ámbito del fondo del viejo y pequeño volcán. No parecía que hubiese nadie más allí; solamente las flores de hibisco y sus instructoras, a las órdenes de la redonda y morena mujerona…, que en aquel momento corría hacia una de las cabañas.

Mc Quinn descendió todavía más. Estaba a menos de quince metros del fondo, cuando la obesa mujer salió corriendo de la cabaña y comenzó a gritar. Mc Quinn entendió perfectamente todas y cada una de sus palabras, chilladas histéricamente en inglés: estaba dando instrucciones a las bellas muchachas de los senos desnudos para que llevasen a las niñas al crematorio.

Esta vez, Mc Quinn no se alteró demasiado. Quedó pálido, pero eso fue todo. Apuntó con el rifle a la gorda, disparó, y la mujer se desplomó, chillando como una bestia y llevándose las manos a uno de los muslos, perforado por el balazo. Las niñas comenzaron a gritar y las muchachas a mirar hacia todos lados, en busca del oculto tirador. Pero Mc Quinn no pretendía permanecer oculto por más tiempo, de modo que se irguió, agitó el rifle por encima de su cabeza, y gritó:

—¡Que nadie se mueva de donde está si no quiere recibir un balazo en la cabeza! ¡Agrupen a las niñas y permanezcan todas junto a la laguna! ¡No se alejen de la laguna, repito!

Todas las muchachas lo estaban mirando en silencio. Algunas niñas seguían llorando y otras miraban hacia Mc Quinn con los ojos muy abiertos. La mujer gorda había dejado de gritar, y también miraba a Mc Quinn con expresión de furia.

Dos minutos más tarde, Mc Quinn llegaba al fondo y caminaba hasta la mujerona, que se encogió cuando vio la mirada del hombre.

—¿Cuántas salidas hay, además del túnel? —preguntó con voz ronca Mc Quinn.

La mujerona no contestó. Mc Quinn frunció el ceño, y colocó la boca del rifle entre los enormes pechos oscuros de la vieja hawaiiana, hurgando entre ellos hasta que llegó al fondo.

—Te voy a reventar de un balazo, como a un sapo, si no contestas,

criminal.

—No hay ninguna más… El túnel, nada más.

—¿Todas las niñas están aquí o quedan algunas en las cabañas?

—Quedan algunas en las cabañas.

—Ordena a tus putas instructoras que vayan a buscarlas a todas. Las quiero a todas aquí en menos de un minuto. Si se dejan una sola, o le hacen daño a alguna niña, te mataré a ti en primer lugar y luego a todas ellas. Díselo bien claro a todas.

Un minuto más tarde, mientras Mc Quinn vigilaba a la hawaiiana y a las muchachas que quedaron junto a la laguna, las restantes sacaron a media docena de niñas de una de las cabañas.

—¿Qué hacían allí? —preguntó Mc Quinn—, ¿Por qué no estaban aquí, con las demás?

—Estaban castigadas, por desobedientes.

La expresión de Mc Quinn, ya de por sí tormentosa, se tomó asesina. Durante un par de segundos pareció no saber qué hacer. De pronto, aplicó un salvaje puntapié al vientre de la mujer, que lanzó un desgarrado alarido y perdió el conocimiento.

—En cuanto a vosotras —se volvió rápidamente hacia las muchachas profesoras—, ya os estáis metiendo todas en la cabaña donde estaban las niñas castigadas. Y quiero la llave que la cierra. ¡Enseguida!

Tres minutos más tarde, las jóvenes estaban todas encerradas en una de las cabañas, mientras las niñas, reunidas todas junto a la laguna, miraban siempre con los ojos muy abiertos a Mc Quinn, a la espera de sus decisiones, pues comprendían perfectamente que aquel hombre, por extraño que pareciese dado su aspecto, no debían esperar nada malo.

Por fin, Mc Quinn se acercó a ellas, y casi consiguió una sonrisa.

—¿Alguna de vosotras habla inglés o un poco de francés, quizá un poquito de alemán?

Cinco niñas se adelantaron tímidamente. Dos de ellas, de Singapur, hablaban perfectamente el inglés, y Mc Quinn les eligió como intérpretes y conductoras de todo el grupo. Había cerca de cincuenta niñas en total

—Escuchadme bien, y luego arreglároslas para hacerlo comprender todo a las demás. Vamos a salir del volcán por allá arriba —señaló hacia la red—. No es tan fácil como parece, y vosotras sois ágiles… Cuando estemos arriba, yo me quedaré en la boca del volcán mirando hacia el mar, y vosotras saldréis de modo que veréis mi espalda y caminaréis en esa dirección. Caminad siempre de modo que el sol quede

a vuestra espalda, y en menos de una hora llegaréis a la carretera. Entonces, a cualquier persona que pase en un coche, o camión, o lo que sea, decidle que avise a la Policía. ¿Lo habéis entendido?

—Sí, señor —dijo una de las niñas.

—Estupendo —Mc Quinn le acarició el rostro—. Siempre con el sol a vuestra espalda y nunca os detengáis, ni mucho menos volváis hacia el sol. Siempre hacia la carretera, siempre. ¿De acuerdo?

—Sí… Sí, señor, sí.

—Empezad a subir. Con cuidado. Estoy seguro de que lo haréis todo muy bien.

Volvió a señalar hacia lo alto, y durante un minuto estuvo mirando a las niñas iniciando la fácil escalada. Si él había bajado por allí, aquellas niñas no iban a tener el menor problema en subir.

Cuando ya todas las niñas estaban escalando la pared interior del volcán, se acercó a la gorda hawaiiana, que había recobrado el conocimiento y lo miraba con expresión rezumante de odio. Mc Quinn le sonrió torcidamente, le dio otro puntapié que de nuevo la privó del sentido, y le arrancó el sarong, con el que hizo varias tiras, que retorció para endurecerlas y que utilizó finalmente para atar las manos de la gorda a su espalda. De este modo, aunque consiguiera arrastrarse y llegar a la cabaña donde estaban encerradas las muchachas, no podría hacer nada para intentar sacarlas de allí.

Luego, se dirigió hacia la boca del túnel. Las llaves del Land Rover estaban puestas. Tras breve reflexión, Mc Quinn se procuró una gruesa piedra, que metió en el Land Rover, en el asiento contiguo al del conductor. Luego, ocupó éste y partió, tras encender las luces. Las apagó apenas recorridos trescientos metros, cuando tras un par de leves giros distinguió al fondo, ya en línea recta, la luz del sol, en la entrada.

Suspiró, encendió un cigarrillo y se relajó.

Estaba a mitad del cigarrillo cuando en la entrada del túnel pareció apagarse la luz. Enseguida, oyó el zumbido de los motores. Allá llegaban, por fin. Allá llegaban los hombres que finalmente debían haber matado a Keolo, en los dos Land Rover restantes, dispuestos a cazarlo dentro del volcán…

Tiró el cigarrillo, puso de nuevo en marcha el vehículo, y lo dirigió lentamente, con las luces apagadas, al encuentro de los otros dos que se acercaban. Manejando el volante con una mano, utilizó la otra para desplazar la piedra en el asiento y, finalmente, la dejó caer entre sus pies. Es decir, sobre su pie derecho, que dio un acelerón. Soltó una

maldición; utilizó el pie izquierdo para mover la piedra y consiguió finalmente, con la ayuda del derecho, colocarla sobre el pedal del gas. El Land Rover proseguía su marcha, un tanto irregular, pero conforme a su plan.

Las luces del Land Rover que iba en cabeza de los otros dos estaban encendidas. Mc Quinn oyó el grito de un hombre, sonrió, y saltó del Land Rover, convencido de que se iba a romper todos los huesos. Pero por fortuna, la marcha del vehículo era lenta, así que tras rodar por el duro suelo y darse finalmente con la pared, Mc Quinn se encontró sentado, y más o menos sano pero a salvo…, mientras su Land Rover seguía al encuentro de los otros.

Un encuentro que se produjo en pocos segundos.

Saltaron chispas, todo crujió, se oyeron gritos… Enseguida, el Land Rover que llegaba detrás del primero chocó con éste. Hubo más crujidos de cristales, más gritos… Mc Quinn se echó el rifle a la cara, y comenzó a disparar, como aburrido…, hasta que acertó por fin el blanco deseado: el estallido de uno de los depósitos retumbó en el túnel como un largo trueno, el fuego apareció de pronto, enseguida el negro humo.

Mc Quinn se puso en pie y regresó corriendo hacia el paradisíaco poblado de las flores de hibisco, volviéndose de cuando en cuando. Nadie le perseguía.

«Estoy haciendo una masacre —pensó—, pero es lo mismo que pisotear culebras venenosas.»

Cuando llegó al interior del pequeño volcán y miró hacia lo alto, no vio ya a ninguna de las niñas. Esto le provocó una amplia sonrisa. Procedió a escalar a su vez la pared interior. Estaba a la mitad cuando decidió esconder la caja metálica que contenía el fichero de clientes del holandés. Buscó un buen escondrijo, dejó allí la caja, entre unas cuantas piedras sueltas, y continuó la ascensión. Pasó la red.

Ah, demonios, el sol era maravilloso… ¡Maravilloso! Y la vida también, pese a todo. Se había estado amargando la vida hacia años por el hecho de que la gente fuese malvada y ruin, hasta el punto de que había decidido prescindir de ella y se había convertido en un ser hosco y solitario, ajeno a cualquier sentimiento y normas de vida. ¿Por qué aceptar normas de la gente, que eran todos unos miserables?

Sin embargo, no todos lo eran, no. ¿Acaso eran unas miserables malvadas aquellas niñas que él acababa de rescatar? Al pensar en las que habían sido incineradas se estremeció. ¡Ojalá hubiese aceptado antes relacionarse con el holandés, para saber lo que se traía entre

manos! Lo habría aplastado desde el primer momento. Pero, en fin, aunque tarde, había hecho algo verdaderamente útil, algo que valía la pena. No sólo por aquellas cuarenta y tantas niñas, sino por las muchísimas que las habrían seguido en su horrible destino, mes tras mes, si él no hubiera tomado cartas en el asunto.

«¿Qué te parece? —pensó Mc Quinn, mientras seguía escalando—. ¡Yo, Mc Quinn, he hecho algo que realmente vale la pena!»

La lástima era que no iba a salir vivo de allí, porque estaba llegando a la conclusión de que por miserable y malvada que sea la gente, siempre hay alguien que no lo es, siempre hay alguien que, precisamente, precisa de ayuda para librarse de los malvados y miserables canallas como el holandés.

«Demasiado tarde, Mc Quinn —se dijo—. Te vas a cargar al holandés por poco que puedas, pero eso será todo. No has sido muy listo, amiguito.»

Llegó arriba, se asomó y, al instante, vio a menos de diez metros de él, a Waltz, reptando hacia la boca del cráter. La sorpresa fue mutua, pero el más rápido en reaccionar fue Mc Quinn, que se echó el rifle al hombro y disparó. Tuvo la espeluznante visión de la cabeza de Waltz explotando como un globo rojo, y se echó a reír histéricamente, encogiéndose a tiempo de evitar las varias balas que le buscaron desde diversos puntos.

—¡Hey! —gritó—. ¡De modo que ha venido el holandés! ¡De modo que vino en el helicóptero…! ¡Holandés! ¿Me oyes?

No obtuvo respuesta. Frunció el ceño. ¿Realmente se podía imaginar al holandés escalando el volcán? Claro que no. Se habría quedado en Paradise Village… buscando como loco la caja que contenía el fichero de clientes.

—¡Decidle al holandés que tengo su fichero! —gritó—, ¡preguntadle cuánto me paga por él!

Se echó a reír de nuevo, alzó la cabeza para buscar camino hacia otra posición…, y vio sobre él las cabezas de dos hombres y el relucir de los rifles. Distinguió la cabeza fea y con la nariz hinchada de Doyt, y disparó rápidamente. Doyt desapareció fuera del cráter, mientras el otro hombre, Hearst, disparaba. La bala rebotó donde un instante antes había estado Mc Quinn, que ahora rodaba pared abajo.

—¡Lo tengo! —gritó Hearst—. ¡Le he dado, lo teng…!

El balazo disparado por Mc Quinn le acertó en el pecho, y lo arrancó de allí brutalmente. Mc Quinn volvió a reír, viendo el cono de salida

despejado. Sí, señor, la vida era hermosa. ¡Maldita sea, era hermosísima!

Gateando, cayendo, tropezando, desollándose manos y rodillas, sin sentir siquiera la superficial herida del muslo, Mc Quinn regresó a la boca del cráter por otro punto.

Sacó la cabeza y vio a tres hombres escalando por allí. Sonrió como un niño divertido jugando al escondite, metió la cabeza tras la roca, sacó una granada y, tras calcular la distancia, la lanzó por encima del cráter, gritando:

—¡Y todavía tengo más!

Al otro lado de la montaña de lava la granada estalló. Pareció que el sonido atravesase la pared tras la que Mc Quinn seguía riendo, como si estuviera trastornado. Se desplazó de nuevo, volvió a asomarse cautamente, y vio los tres cuerpos esparcidos, ensangrentados… Pero también vio algo que le dejó petrificado de asombro y espanto: por la ladera subían los clientes de Paradise Village y las alegres muchachas prostitutas, todos ellos empuñando un arma u otra. Al mismo tiempo, le llegó la voz de un hombre:

—¡Mc Quinn, hemos encontrado una estupenda diversión para todos! ¡Cazarle a usted!

—La puta que os parió a todos —jadeó Mc Quinn, encogiéndose justo a tiempo de evitar la andanada de balas.

Con los ojos desorbitados, se quedó encogido, todavía viendo a las bellas muchachas de pechos desnudos y a los clientes sofocados, pero con satánica expresión, escalando la ladera. Cierto: eran escoria. Pero no todo era escoria en la vida. No, no todo. Allá tenía a Keolo, que había muerto, como iba a morir él, por algo que valía la pena. Y estaba Alejandrina Sanders, de la que se había enamorado apenas verla, pero que había preferido mantener alejada. Ah, sí, Alejandrina… Sandy. Sandy querida, amor mío… Sí, ella también valía la pena. Se había enamorado de un sinvergüenza como él y, simplemente, lo había aceptado. Sin convencionalismos ni hipocresías, sin tonterías. Cosas que valían la pena…

Demasiado tarde, Mc Quinn.

—¡Mc Quinn! —oyó la voz del mismo hombre—, ¡Acabo de hablar con el holandés por el «walky-talky»! ¡Quiere proponerle un trato!

—¿Qué trato? —gritó Mc Quinn, cambiando rápidamente de posición.

—¡Le cambia la caja con los microfilmes por su novia!

—¿La novia de quién? —rio Mc Quinn.

—¡La de usted, la señorita Sanders! ¡La tiene el holandés! ¡Sabíamos que usted venía hacia aquí en el barco de Nolan y el holandés lo buscó con el helicóptero nada más llegar, lo localizó, y capturó a la señorita Sanders! ¡El holandés quiere tratar con usted!

Mc Quinn estaba petrificado. Le estaban engañando. ¿O no? No, no le estaban engañando. El holandés ni siquiera tenía por qué saber cómo se llamaba Alejandrina… Además, todo tenía sentido.

Demudado el rostro, Mc Quinn se incorporó.

—¡Decidle al holandés que podemos hablar del asunto!

CAPÍTULO IX

EL holandés estaba en el bungalow de la fallecida Paradise y, en cuanto vio aparecer a Mc Quinn, desarmado y convertido en un esperpento lleno de sangre y polvo, se abalanzó hacia él, chillando como una rata y comenzando a darle puntapiés en las piernas y el bajo vientre. Parecía talmente una pequeña y blancuzca rata furiosa. Mc Quinn lo apartó de un manotazo, y quiso acercarse a Alejandrina, pero Mokuo y Kasper, que estaban también allí, se adelantaron y lo sujetaron por los brazos…

—¡Te arrancaré los ojos! —chillaba el holandés—. ¡Te destrozaré, vas a arrepentirte de haber nacido…!

Otro puntapié en plenos testículos de Mc Quinn dejó a éste colgado de las manos de Kasper y Mokuo. Alejandrina, que tenía el rostro hinchado a golpes, corrió hacia él. Pero el holandés se revolvió como una fiera y la derribó de una tremenda bofetada. Arrodillado en el suelo, al borde de la inconsciencia, Mc Quinn captó vagamente lo sucedido, pero no podía moverse. También, vagamente, oyó, no muy lejos, el canto del nene… sacudió la cabeza. Su visión se aclaró. Alejandrina estaba ahora sentada en el suelo y le miraba aterrada.

—Hola, Sandy —murmuró Mc Quinn.

—¡Ponedlo en pie! —chilló el holandés.

Mc Quinn fue puesto en pie de un tirón. Presentía más golpes de toda clase, pero no llegaron. El holandés estaba consiguiendo dominar su furia.

—¡La caja con el fichero! —gritó—. ¿Dónde está?

Mc Quinn aspiró hondo. Volvió a oír el canto del nene. Pero no, no era posible, debía ser un nene auténtico…

—¡Mc Quinn, la caja!

Parpadeó, y se quedó mirando fijamente al holandés. Allá lo tenía, con sus enjoyadas manitas de cerdo. ¡Sus malditas y repugnantes manos que habían tocado a Alejandrina, sus malditas y asquerosas manos de su asqueroso cuerpo!

—Hablemos de ello —susurró Mc Quinn—. Podemos hacer un trato, holandés.

—¿Trato? —chilló Van Voren—. ¡Te diré cuál va a ser nuestro trato, tiburón sarnoso! Escúchalo bien: tú me entregarás la caja, y yo te mataré con mis propias manos. O eso, o prepárate a ver cómo hago pedazos a tu novia y…

—No es mi novia —dijo tontamente Mc Quinn.

—¡No me importa lo que digas! ¡Ella dice que es tu novia, y tú eres el que quiere engañarme! Pero novia o no, os voy a hacer tales cosas a los dos que lamentarás haber nacido, te lo juro… ¡Te lo juro! ¡Quiero esa caja! ¿Dónde está?

Mc Quinn sabía que todo estaba perdido, porque no podría soportar lo que aquella bestia era capaz de hacerle a Alejandrina en su presencia. Ni a él mismo, por supuesto. Los héroes que soportan todas las torturas no existen, sólo son de película. Pero había hecho algo que había valido la pena. ¡Lo había hecho! Porque aunque él y Keolo e incluso Alejandrina muriesen, las niñas estarían ya llegando a la carretera, pronto hablarían con la Policía, y ésta acudiría a Paradise Village, se enteraría de todo… El triunfo después de la muerte. Porque sería un triunfo póstumo, claro: el holandés seria detenido, y…

—Me lo vas a decir —decía el holandés—. ¡Vosotros dos, sujetad a la muchacha! ¡Le voy a arrancar los ojos con mis manos…!

—Buenos días, holandés —sonó la voz en la ventana—. Espero no molestar demasiado.

—¡Keolo! —aulló Mc Quinn.

Todos se habían vuelto hacia la ventana, sobresaltados, y en efecto, vieron allá el torso de Keolo, lleno de sangre. También había sangre en su cara…, y en la mano que sostenía en alto con algo redondo entre los dedos. Las muchachas prostitutas no supieron qué era aquello, ni los pocos clientes que habían entrado en el bungalow, ni tampoco Alejandrina. Pero Mc Quinn y el holandés y sus hombres si lo supieron enseguida: era una granada.

—Sugiero que nadie se mueva —dijo Keolo—. Porque si alguien lo hace, y aun en el supuesto de que consiga matarme, la granada va a caer en el centro de tan interesante grupo. ¿Me perdonarías si te

matase, Mc Quinn?

—Tírala… —jadeó Mc Quinn—. ¡Keolo, tira esa bomba, mátanos a todos, valdrá la pena! ¡Hazlo, Keolo!

—¡No! —chilló el holandés—. ¡No haga eso!

—Francamente, holandés —sonrió Keolo con una mueca de sangre —, entre hacerle caso a usted o a mi amigo y compadre Mc Quinn, no tengo ninguna duda. Bueno, Mc Quinn, fuimos buenos amigos, ¿verdad?

—Me alegro de que seas tú quien se salve, Keolo —sonrió Mc Quinn —. Besos a tus hijos.

—De parte de ti, Mc Quinn —sonrió de nuevo Keolo—. En fin, esto ha term…

—¡Le daré lo que me pida! —aulló enloquecido el holandés—. ¡Lo que quiera, lo que me pida! ¡No haga eso!

Keolo lo miró con cómica desconfianza.

—¿De verdad me dará lo que yo le pida, holandés? Bueno, pues vamos a verlo. Dígale a sus hombres que suelten a Mc Quinn, que le entreguen todas sus armas, y que salgan todos con las manos sobre la cabeza y se dirijan tierra adentro. Y será mejor que todos lo piensen bien, porque si esto no se cumple en menos de cinco segundos ya no hablaré más. ¿Está claro?

Los primeros en reaccionar fueron los clientes de Paradise Village; la idea de escapar de la granada les pareció óptima, así que dejaron las armas en el suelo y colocaron las manos sobre sus cabezas. Las muchachas de los pechos desnudos hicieron lo mismo. Kasper y Mokuo miraban al holandés, que asentía frenéticamente. Por fin, soltaron a Mc Quinn y le entregaron sus armas.

—Y ahora —dijo Keolo—, salgan todos de aquí, hagan lo que les he dicho, y felicítense: acaban de nacer por segunda vez.

—Vosotros dos, quedaros —señaló Mc Quinn a Mokuo y Kasper.

Este último palideció. Pero ya no tenía opción. La situación había cambiado completamente. Keolo desapareció de la ventana, dejando el control de la situación dentro del bungalow a cargo de Mc Quinn, que miraba malignamente al holandés. Alejandrina no se movía ahora. Estaba tan asustada como antes, viendo la expresión de los ojos de Mc Quinn.

Por fin, Keolo apareció en la puerta, quedándose allí.

—Se han ido, Mc Quinn. Pero me quedo aquí vigilando, por si acaso. Pásame un par de rifles.

Mc Quinn miró a su amigo que, como él, sangraba por todas partes.

De pronto, sonrió, entregó un par de rifles a Keolo, y dijo:

—Cuando oí el canto del nene creí que soñaba.

—A lo mejor era un nene de verdad —sonrió Keolo; mostró la granada en alto—. ¿Qué hago con esto ahora? En cuanto la suelte va a explotar.

—Sigue con ella. Ya veremos qué hacemos.

Como olvidado del holandés y de los únicos hombres que habían quedado con él, Mc Quinn se dirigió al mostrador de la «conserjería», buscó hasta encontrar papel y un bolígrafo, lo colocó todo a la vista, y miró a Van Voren.

—Ven para acá, holandés…, digo señor Van Voren. Siéntate aquí, toma este bolígrafo, y escribe.

El holandés asintió, y se acercó. Se sentó, tomó el bolígrafo.

—¿Qué tengo que escribir? —tartamudeó.

—Tienes que escribir que con fecha de ayer me vendiste el «Thunder» por cien dólares, y que recibiste el dinero a plena satisfacción. Luego, tus amigos firmarán como testigos. Pero si prefieres no hacerlo, es cosa tuya. Yo, con decirle a Keolo que te meta la granada entre los huevos, quedo contento.

El holandés respingó y procedió a escribir rápidamente, con tal temblor, que Mc Quinn le arrebató el papel y le puso otro delante.

—Tranquilo, señor Van Voren, o van a creer que esto es una falsificación mía. Tranquilo y buena letra. No tenemos prisa.

Van Voren consiguió controlarse lo suficiente para extender el recibo de venta a satisfacción de Mc Quinn, que se lo guardó cuidadosamente.

—Vaya —dijo—, ya tengo barco otra vez. Y mejor que el anterior, aunque eso no me consuela demasiado. Pero en fin, un barco es un barco, y puesto que ahora el «Thunder» es mío, pronto le tomaré cariño… ¿Te gustaría saber a qué voy a dedicar el «Thunder», holandés? Pues te lo voy a decir. Desde luego, no a comerciar con flores de hibisco. Creo que lo dedicaré a pasear turistas y cosas así. Me he convencido de que todavía queda gente que vale la pena. Pero no tú. ¿Sabes? —de pronto Mc Quinn mostró su más impresionante mueca de tiburón—: tú quemaste mi barco, holandés.

—Te he… he dado uno mejor…

—Vendido, no dado. Pero un buen barco es como una buena mujer. Jamás se olvida. Hundiste mi barco y a mí me dejaste en tierra. Eso no te lo podré perdonar jamás. Bien —se volvió a mirar a Alejandrina—, vuelva a su yate, señorita Sanders, y espérenos allí.

—Yo… yo-yo…

—Haz lo que te digo, maldita sea mi estampa.

—Mejor que le haga caso —dijo Keolo—. Ahora, Mc Quinn está enfadado de verdad. Espérenos allí, nos reuniremos con usted enseguida.

Alejandrina estuvo unos segundos mirando a Mc Quinn y, por fin, en silencio, salió del bungalow. Mc Quinn miró a Kasper y Mokuo.

—¿Os gustaría que os metiera unas cuantas balas en las tripas? No, ¿verdad? Entonces, os diré una cosa: si me complacéis, os dejaré marchar sanos y salvos; incluso a ti, Kasper, que quemaste mi barco.

—¿Qué tenemos que hacer? —susurró Kasper.

—Sujetad las manos del holandés sobre el mostrador.

Por.im momento, nadie comprendió. Pero enseguida, el holandés fue el primero en hacerlo. Y palideció.

—No —gimió—. No, no, no, no, no… ¡No, Mc Quinn!

—Hacedlo —movió el rifle Mc Quinn—, u os vuelo la cabeza.

El holandés se puso en pie intentando escapar, pero Kasper y Mokuo, lívidos, lo sujetaron fuertemente, de modo que las manos de Van Voren quedaron sobre el mostrador.

—Seguramente, nunca haré nada tan malo ni sucio como esto —dijo Mc Quinn—, pero tú quemaste mi barco. Y eso no es nada. Has asesinado cientos de niñas tras someterlas a unas… vivencias espantosas vendiéndolas a esos cerdos que denunciaré en cuanto recoja la caja… Todos lo van a pagar, y tú el primero.

—¡No! —chilló Van Voren—. ¡NOOOO…!

Su grito de espanto se truncó cuando la culata del rifle cayó sobre su mano derecha. El holandés casi se desmayó. Mc Quinn volvió a alzar el rifle, y de nuevo golpeó con la culata. Los crujidos de huesos eran espantosos, la sangre salpicaba a todos lados. El holandés, sorprendentemente, estaba en pie y consciente, temblando como sometido a una descarga eléctrica.

Cuando Mc Quinn terminó, lo miró a los ojos que parecían de agua, y dijo:

—¿Sabes qué me recuerdan tus manos ahora, holandés? ¡Dos bonitas flores de hibisco! Y ahora, id a divertiros por Paradise Village hasta que la Policía venga a hacerse cargo de vosotros. ¡Fuera de aquí, quitadlo de mi vista o lo mato!

Tan pálidos como el holandés, Mokuo y Kasper llevaron a aquél en volandas hacia la puerta, donde Keolo, impresionado, les cedió el paso.

El holandés gemía con una suavidad escalofriante, mirando sus manos, que eran dos rojos pingajos triturados. Parecía alucinado. Sus pies apenas tocaban el suelo.

Como en sueños, estuvo en brazos de sus hombres caminando tierra adentro, hasta que, de pronto, jadeó:

—¿Y Mc Quinn? ¿Dónde está Mc Quinn?

—Se ha ido al yate con Keolo.

—¿Han zarpado? ¿Con el yate? ¿No se han llevado ninguna lancha?

—No… No.

—Volvamos… —susurró el holandés—. ¡Volvamos al embarcadero! ¡Lo vamos a perseguir con una lancha, los hundiremos, los despedazaremos con la ametralladora!

La idea era tan buena, que Kasper y Mokuo se preguntaron cómo no se les había ocurrido a ellos. Regresaron corriendo hacia el embarcadero, llevando siempre en volandas al holandés, aunque éste iba recuperando sus energías rápidamente. Tan sólo la idea del triunfo final, de que iba a despedazar a Mc Quinn y arrojarlo para siempre al fondo del mar, le daba unas fuerzas increíbles, hasta el punto de que, con las manos en alto ante su pecho, llegó corriendo por sus propios medios al embarcadero, saltando a una de las lanchas dedicadas a la vigilancia de la pequeña ensenada.

—Por allá va el yate de Nolan —señaló Mokuo.

—Lo alcanzaremos enseguida —rio agudamente Van Voren—. ¡Vamos!

Mokuo puso la lancha en marcha, pero Van Voren se puso enseguida ante el volante, sujetándolo con las muñecas. Había en su redondo, cerduno rostro, una expresión diabólica.

—¡Preparad la ametralladora, pronto, pronto! ¡Quiero hundirlos antes de que salgan de la ensenada…! ¡Disparad, disparad ya, enseguida, matadlo, matadlos a los tres, enviadlos al fondo para toda la maldita eternidad…!

Kasper y Mokuo desenfundaron la ametralladora, apuntaron hacia el yate de Jim Nolan, y comenzaron a disparar. El estruendo de las ráfagas les impedía oír cualquier otra cosa, y su atención estaba tan concentrada en el yate que no veían nada más.

Van Voren sí vio algo más, de pronto. Algo que se movía por el lado de babor. Volvió la cabeza, y los cabellos se le pusieron de punta cuando vio otra de las lanchas alcanzándoles rápidamente, navegando ahora paralela a la suya. A los mandos de la lancha iba Mc Quinn. Junto

a la borda, estaba Keolo.

—¡Holandés! —gritó Mc Quinn—. ¡No aprenderás nunca a luchar contra el tiburón! ¡Eres un hijo de puta y además, idiota!

—No —suplicó Van Voren, intentando manejar la rueda del volante con las muñecas—. ¡No, no, no!

Kasper y Mokuo dejaron de disparar contra el yate, volvieron la cabeza, y vieron enseguida la lancha. Todavía, por encima del fuerte rugir de los motores, pudieron oír la voz de Mc Quinn:

—¡Hijos de putaaaaaa…!

Pero la atención de los tres hombres estaba en la cosa redonda que Keolo, por fin, lanzaba lejos de sí. La vieron describir un largo arco, paralizados por el espanto, la vieron caer sobre la cubierta…

Luego, solamente vieron fuego.

Como si acabasen de descender, súbitamente, a lo más profundo de los infiernos.

Cuando Mc Quinn y Keolo, dejando abandonada la lancha, subían a bordo del yate, no quedaban más que unos pocos restos de la lancha flotando sobre manchas de aceite y combustible.

Desde la cabina de mandos, Alejandrina Sanders miraba con expresión desorbitada a Mc Quinn, que sonrió y la saludó, llevándose dos dedos a la cabeza.

—¡Maldita sea! —exclamó.

—¿Qué pasa ahora? —se sobresaltó Keolo.

—¡He vuelto a perder mi gorra!

ESTE ES EL FINAL

UNA semana más tarde, Mc Quinn se hallaba sentado en la cubierta de popa de su yate, pensando en todo lo sucedido. Todo había terminado felizmente para las niñas, la Policía y luego el F.B.I. se habían hecho cargo del fichero que recuperaron bajo las indicaciones de Mc Quinn, el periodista amigo de Alejandrina Sanders se había hecho famoso en el mundo entero gracias al reportaje que le brindó la muchacha…

La hora del crepúsculo es sensacional, simplemente. Pero Mc Quinn estaba hasta las narices. Continuamente, por el embarcadero, pasaba gente que buscaba el «Thunder» y luego lo señalaban a él.

—¿Es ése? ¿Ese es Mc Quinn? ¡Pues tiene cara de tiburón!

—Sólo son apariencias —decían los entendidos—. En realidad, es un tipo cojonudo. Mala leche sí tiene, ¿eh?, eso sí, pero si no le molestan es inofensivo…

—Pues a mí me da miedo mirarlo —dijo una jovencita.

—Ay, no —dijo una dama madura—, ¡Querida, tú no entiendes!

Mc Quinn soltó un refunfuño, se puso en pie, y se metió dentro del yate. Keolo salía en aquel momento.

—Ah, Mc Quinn, ya está todo. Tenemos provisiones suficientes para el viaje… Estaré aquí al amanecer. Y ahora, si no te importa, me voy a casa.

—Dale besos a los niños. Diles de mi parte que cuando volvamos les traeremos regalos.

—De acuerdo. Hasta mañana.

Keolo se marchó. Mc Quinn encendió un cigarrillo y se quedó mirando por el ventanal el rojo ocaso. Estaba terminando el cigarrillo cuando oyó las pisadas en cubierta. Alejandrina entró, cargada con dos

pesados fardos, que dejó en el suelo. Pareció que ni siquiera veía a Mc Quinn, el cual la contemplaba en silencio. Se metió en el interior del yate y reapareció unos minutos más tarde, ataviada con un salto de cama que agrandó los ojos del tiburón.

Alejandrina se sentó en las rodillas de Mc Quinn.

—He sabido que sales mañana con tu yate, y como estoy harta de esperar que vengas a visitarme, he dejado mi bungalow, me he trasladado a tu yate, y me voy contigo. ¿Algo que oponer?

—De momento no se me ocurre, pero algo encontraré.

—Mc Quinn, estoy harta de ti. Llevo una semana esperándote todas las tardes, y…

—Alejandrina, tú mereces algo mejor.

—¡Eso soy yo quien lo ha de decidir! Además, ¿mejor que tú? Mira, has demostrado tener agallas y sentimientos, has resuelto eso de las flores de hibisco, que era la canallada más grande del mundo, y aunque me parece que eres feo, mejor, pues así no tendré que andar vigilándote con otras mujeres… ¡Y además, estoy que me muero por hacer el amor contigo, maldito seas!

—Bueno, en fin, si realmente tanto lo deseas, pues… podemos hacerlo esta misma noche. No quisiera causarte un trauma.

—¡Esta noche y todas las noches, y todos los días, y a todas las horas, bajo el sol y en nuestro camarote, y en todas partes, y siempre que a mí me dé la gana, que estoy que estallo!

—Caray —abrió mucho los ojos Mc Quinn—, Bueno, hagámoslo.

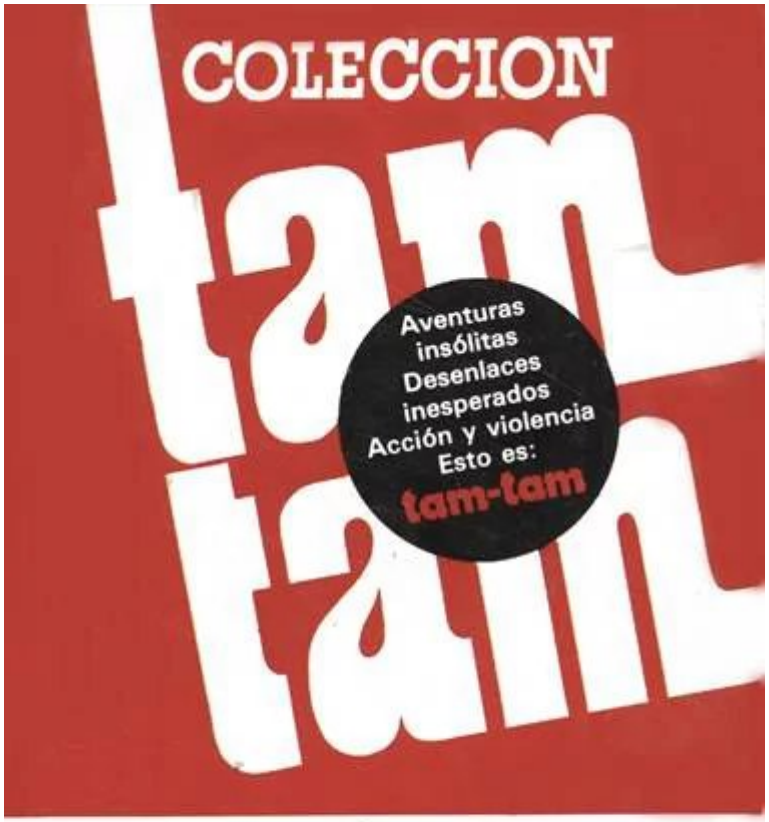
—¡Parece como si fueses a sacrificarte! Y no es eso lo que yo quiero… ¡Lo que yo quiero…!

—Sandy —sonrió de pronto Mc Quinn, acariciándole el rostro—, sé perfectamente lo que quieres, mi amor. Mira, te estaba esperando, y si esta noche no hubieras venido, habría ido yo a buscarte. No soy un cretino presuntuoso, sólo quería estar seguro de que tú deseabas quedarte conmigo. Y ahora que ya lo estoy, escúchame bien: si alguna vez pretendes abandonarme, te cortaré en pedazos y te arrojaré a los tiburones, porque te amo tanto, Sandy, tanto, Sandy, amor mío, Sandy…

—¡Oh, Dios mío! —exclamó gozosamente Sandy—. ¡He pescado al tiburón…!

Entonces, el tiburón separó la tenue ropa y la mordió…

FIN



ISBN 84-7518-051-5

00031

9 788475 180519

EDICIONES
CERES, S. A.
Apartado de Correos
9.142 Barcelona

PRECIO EN ESPAÑA: 60 PTAS.

Printed in Spain - Impreso en España